

ETCETERA

correspondencia de la guerra social

22

Rusia, ¿a dónde vas?

Brasil: entre la liberalización económica y el
Estado Corporativo

Distrito Federal - Oaxaca - Distrito Federal

Noticias de Portugal

Correspondencia

Hemos recibido...

Noviembre 1993



Estamos entrando a saco en un proceso de descomposición social; llevamos ya en ello algunos años. Las palabras ('discursos políticos, proclamas culturales, informes mediáticos...') intentan amagar tal proceso, cambiarlo, transmutarlo, en una inversión espectacular, pirueta en el vacío de la comunicación, para alargar la supervivencia del modo de vida y de civilización que conocemos.

Descomposición social fuera y en casa. En casa: empobrecimiento, vacuidad cultural, recorte de libertades, regresión legislativa, ingerencia del poder en todos los espacios, totalitarismo galopante en lo más íntimo, en nuestros cuerpos (medicina, salud), en nuestros deseos... Y las palabras que lo encubren: impulso democrático, que ahora viene de la derecha (lo que antes, hace muy poco, llamábamos fascismo).

Fuera: ni siquiera hace falta nombrarlo: URSS (asolada por las mafias aupadas por Yeltsin/Clinton); Ex-Yugoslavia (carnicería alentada por occidente.); los bloqueos, que sólo diezman a la población civil, en Cuba, Irak, Libia...; los grandes continentes, África, Centroamérica, Latinoamérica, Asia... Y las palabras que lo encubren: preservar la democracia por sus guardianes occidentales liderados por USA (lo que antes, hace muy poco, llamábamos imperialismo).

Entendemos este proceso de descomposición social como paulatino agotamiento de un sistema que poco tiene que ofrecer... salvo llamar a repartir la miseria por él generalizada, salvo llamar a socorrer un sistema que quizás ya ha tocado fondo, pero a cuya llamada aún acudimos, tanto es el pavor y el vértigo, tanta la soledad, pensando que sin él nada somos, tanto nos ha modelado con el dinero y el Estado, dándonos objetos nos ha despojado de nosotros mismos, de nuestro ser común, clase, pueblo.

En esta nuestra CORRESPONDENCIA anotamos trazos de esta descomposición... en Rusia, en Portugal, en Brasil, en México, en Turquía, y señales y signos de los que no acuden a la llamada.

Etcétera, Barcelona, noviembre 1993

Rusia, ¿a dónde va?

El texto que transcribimos a continuación llegó a nuestras manos a finales del mes de agosto y poco sabíamos en ese momento que unos días después (21 de septiembre) iba a confirmarse lo pronosticado por el autor en lo referente a un golpe de fuerza del equipo Yeltsin.

A pesar de que es mucho lo que ha cambiado en ese país a partir del ataque al Parlamento, creemos que la lectura del texto es interesante ya que recoge las impresiones del autor sobre lo que estaba pasando más allá de los tópicos empleados por la prensa y que él mismo denuncia. Ayuda a desvelar el engaño Yeltsin, presentado como defensor y representante de la democracia frente al Parlamento. En realidad, dice, lo más parecido a la democracia es la actitud defendida por los parlamentarios que desean una reforma más lenta y menos traumática. Yeltsin quería plenos poderes para llevar a cabo su transformación salvaje en lo económico y en lo social. (El autor se muestra simpatizante con la línea Gorbachov que, según él, fue muy mal interpretada por el pueblo).

Aunque a nosotros nos interesa sobre todo lo referente a los movimientos sociales, creemos que este texto, que se mueve principalmente en la cúpula del poder político, puede aportar una información valiosa para el conocimiento de lo que pasa en ese país.

El Secretario de estado, Gennadi Burbulis, el hombre más importante de Rusia después del Presidente Yeltsin, le dio la mano y, casi emocionado, le dijo: “gracias a gente como usted hemos conseguido mantener a nuestro pueblo tranquilo y pacífico”. No era el jefe de la policía, ni el Fiscal General, ni el Ministro de Defensa, el destinatario del elogio del alto dirigente ruso, sino una mejicana, Verónica Castro, protagonista de “Los ricos también lloran”, un culebrón que ha triunfado en la noche rusa en estos duros tiempos de inflación y “terapia de choque”.

A base de “Simplemente María”, “Mi segunda madre”, “La esclava Isaura”, “Dallas”, “Dinastía” y otros, los rusos han superado las penalidades de este invierno. Burbulis cayó, fue destituido en diciembre, pero las técnicas extranjeras de fabricación del consenso se han impuesto en la televisión, medio por el que el 80% de los rusos reciben la información. No es la única novedad. Los cambios en la vestimenta, en las pautas de consumo (el alcohol y el tabaco de importación), la publicidad, el estilo “moderno” de vida de la emergente clase de nuevos ricos, ha calado, se está imponiendo como modelo social y confirma la impresión de que, en muchos aspectos, la “revolución blanca” del yeltsinismo ha sido un éxito y que Rusia no volverá ya a ser la misma.

En los últimos 5 años el ritmo de los cambios ha sido tan vertiginoso que quienes hemos estado inmersos en ellos hemos sido francamente superados por los acontecimientos. Mi tarjeta de visita continua presentándome como “corresponsal en la Unión Soviética” un país que ya no existe, y residente en la avenida Lenin, una calle que mantiene su nombre pero que se ha llenado de tiendas y kioscos de venta de productos extranjeros. Las colas de antaño se han transformado en carestía, la precaria nivelación social en creciente división de quizá un 15% de ricos cuyo nivel de vida ha mejorado manifiestamente alrededor de un 35% de pobres (gente que come peor que antes) y una mayoría de precarios que subsisten con grandes estrecheces y cuya escasez ya no encuentra el consuelo de que es general.

La crónica del “postcomunismo” ha dejado de ser política para trasladarse a la economía, pero, concluida ya la “guerra fría” y enterrado ya el viejo enemigo, sus detalles ya no interesan en Occidente, donde se sabe que “la reforma continúa en Rusia”, país que se abre paso con las “naturales dificultades” hacia la economía de mercado. En realidad no es tan simple. La transición continua, el proceso no ha terminado y está expuesto a todo tipo de sorpresas. Cuando estas empiecen, Occidente tendrá que retomar el hilo y replantearse sus actuales apuestas, pero para entonces quizá sea ya tarde. ¿Una Yugoslavia de grandes proporciones?

Para comprender lo que ha ocurrido en la URSS no hay más remedio que huir de los estereotipos promovidos por los medios de comunicación. A diferencia de otros pueblos de la Europa centraloriental, los rusos no han vivido los últimos 30 años de su historia como una “dictadura”. Desde hace siglos, la tiranía es la forma de gobierno habitual en Rusia, un país en el que el “comunismo” no fue resultado de invasiones extranjeras, revoluciones exportadas o incomprensibles cataclismos, sino de un genuino proceso histórico nacional. Los “comunistas” no fueron paracaidistas ni marcianos, sino que eran ellos, los propios rusos. La aniquilación de tantos millones de personas habría sido técnicamente imposible sin amplias complicidades y consensos perversos en la sociedad. En la Rusia de hoy, hay una sospechosa amnesia hacia este hecho, que recuerda al “nosotros no sabíamos” en el que se refugiaron millones de alemanes entusiastas

partidarios de Hitler cuando en la posguerra se les preguntaba por los 9 millones de judíos exterminados por su régimen. En Rusia la escapada ha sido otra: todos pretenden haber sido víctimas.

En el torbellino de principios de siglo, el bolchevismo triunfó porque fue la fuerza política que la mayoría de los rusos consideraron más coherente y capaz de organizar un sistema estable tras largos años de inestabilidad, violencia y sufrimientos. Después de la revolución su partido no sólo dirigió la violencia institucional y el mencionado proceso de autodestrucción con millones de víctimas –una cuestión importantísima para Rusia y la historia moderna, pero no la única como se sugiere a menudo en Occidente– sino que también gobernó la industrialización del país, venció una guerra civil con intervención extranjera y una guerra mundial contra Alemania, con 20 millones de muertos, después de que ésta hubiera ocupado y destruido las principales ciudades del país entre la frontera y Moscú, convirtió un país eminentemente agrario en una sociedad moderna, urbanizada y escolarizada, un país destruido en una superpotencia nuclear-espacial y con una enorme capacidad científica. En los años 30, en el periodo que va de la segunda mitad de los 40 hasta mediados de los 60 la economía de la URSS tuvo no solo uno de los índices de crecimientos más altos del mundo sino que demostró una gran flexibilidad y dinamismo para transformarse, crear y desarrollar nuevas estructuras de producción. Todo esto puede ser ignorado, reducido a “dictadura comunista” sin entrar en las grandes diferencias políticas y sociales características de cada una de las siete décadas de vida de la URSS (los años del “comunismo de guerra”, de la NEP, del joven y tardío estalinismo, del renacimiento de Jrushov, del “estancamiento” de los setenta y los ochenta), pero entonces no se entiende nada de lo que ha ocurrido aquí estos últimos 5 años, en especial por qué los soviéticos no vivían su tiranía como una “dictadura” más allá de los pequeños y castigados círculos disidentes, cuyo papel era muy marginal en la sociedad, por qué el PCUS contaba con 20 millones de miembros, por qué no sólo el actual Presidente, casi todos sus ministros y ayudantes de la administración presidencial, sino también sus adversarios, el vicepresidente, el Presidente del Parlamento, del Tribunal Constitucional, todos, tanto los actuales anticomunistas como los nacionalistas, tradicionalistas y conservadores, eran en su inmensa mayoría miembros del PCUS.

Los rusos son enormemente pacientes y mansos. Uno de sus más grandes filósofos de este siglo, el cristiano Nikolai Berdiayev, escribió páginas brillantísimas describiendo el carácter “femenino” de Rusia. Esta característica fue, quizá, una de las que convirtió históricamente a los rusos en un pueblo esclavizado y revolucionario. Esclavizado porque su infinito aguante y paciencia hacia la injusticia era una garantía para la pervivencia y reproducción del sistema de servidumbre. Revolucionario, porque cuando se llegaba a un callejón sin salida, esa situación secular sólo podía cambiar mediante explosiones revolucionarias, el celebre “bunt” descrito por el poeta nacional Aleksandr Pushkin como “cruel y despiadado”.

Los rusos temen los cambios quizá porque perciben muy lúcidamente su propia historia nacional en la que todas las reformas y procesos de modernización, desde la época de Pedro el Grande, un tirano sanguinario bien visto en occidente porque era “occidentalista”, hasta la de Stalin, se tradujeron en enormes sufrimientos para la población. Recuerdo mi asombro en los primeros años de la “perestroika”, al constatar no sólo la indiferencia y el escepticismo de la gente corriente hacia las nuevas perspectivas que se abrían, sino los comentarios de gente inteligente sobre el ineludible fracaso de toda la operación de Gorbachov, los delirantes pronósticos de la “desmembración” del “imperio” por parte de nacionalistas bálticos o ucranianos, o la histeria de los judíos sobre la necesidad de “aprovechar ahora que han abierto la puerta, para emigrar del país antes de que empiece un nuevo desastre”. La reforma se derrumbó encima de Gorbachov, el imperio se disolvió y una nueva y masiva ola de emigración ha tenido lugar. Aunque sea sólo por eso, por pura prudencia, conviene tomarse ahora muy en serio las “burradas” del momento, el disparatado miedo a la “guerra civil”, un término que se maneja hoy en Rusia con una sorprendente unanimidad. Me

parece que es bajo este contexto que los sociólogos deberían examinar el comportamiento político de los rusos en las encuestas, votaciones y consultas realizadas en los últimos años.

En marzo de 1990 la población se declaró mayoritariamente en referéndum a favor del mantenimiento de la unidad de la URSS; en junio de 1991 eligió como Presidente de Rusia al único candidato que prometía no subir los precios y que por primera vez les hablaba en un lenguaje popular; en abril de 1993 votaron a favor de esa misma persona, el Presidente Yeltsin, a pesar de que fue uno de los principales artífices de la disolución de la URSS y el hombre que ha multiplicado por mil los precios. Esta aparente contradicción deja de serlo si se piensa en las consideraciones que me parece prevalecen todavía en la mentalidad de los rusos: el miedo al desastre. En los tres casos se optó por la fórmula que parecía más segura, más estable y menos dolorosa, o sea: no destruir la URSS, no subir los precios y no privar de apoyo al único dirigente carismático conocido, el Presidente Yeltsin. El referéndum del 25 de abril, la última consulta realizada, ha sido la menos unánime: un ruso de cada tres ha votado por Yeltsin, otro en contra y otro se ha abstenido. Si es verdad, como a mi me parece, que el impulso dominante ha sido el de evitar los peligros de un nuevo periodo de desórdenes, anarquía y violencia en el país, hay que interpretar esa consulta –en la que se pedía el apoyo de la población al Presidente Yeltsin y a su política económica– como una señal preocupante de que la estabilidad y la opción anti-desastre es cada vez menos clara.

Creo que el grueso de la población rusa se siente muy apegada, no ya al “comunismo” sino al modo de vida tradicional porque teme y constata que la destrucción de la cultura plebeya igualitarista y comunalista, tradicional en Rusia, en nombre de la modernización, le provocará grandes sufrimientos (aunque también es verdad que un sector significativo de la juventud urbana parece firmemente dispuesto a correr ese riesgo). Las encuestas sociológicas tienden a mostrar que la mayoría de la población continúa apegada a un orden en el que el estado protector organiza la nivelación de los ingresos entre los diversos sectores de la sociedad. Los nuevos “hombres de negocio” continúan siendo vistos como meros ladrones, “mafiosos” y delincuentes, algo nada sorprendente si se tiene en cuenta la procedencia social de los “nuevos ricos”; ex-nomenclaturistas (gente que se ha cambiado de chaqueta y que ahora domina la economía utilizando las ventajas de su anterior posición en el antiguo régimen y que, por tanto, continúa siendo el centro del tradicional resentimiento plebeyo hacia los poderosos) y los agentes del “mercado negro” que en el antiguo régimen controlaban subterráneamente una parte significativa de la producción del país y que ahora han salido a la superficie legalizados por el nuevo régimen. Una tercera parte de la sociedad declara en las encuestas su apego activo hacia el orden tradicional, mientras que otra tercera o cuarta parte expresa regularmente desde hace años su oposición a cualquier regreso al pasado. Este empeño sociológico quizá sea decidido por la restante tercera parte que no se pronuncia. Hay que suponer que los resultados sociales de los cambios decidirán el equilibrio.

Entre los políticos moscovitas hay dos posturas diametralmente opuestas. La primera asegura que el tiempo trabaja contra la revolución capitalista de Yeltsin. Cuanto más pasa el tiempo, mayor destrucción de los tejidos económicos y sociales; más pobreza, más desigualdad, más destrucción del estado social y sus subvenciones, más delincuencia, más inflación y mayor caída de la producción. La revuelta social y el naufragio del nuevo régimen son únicamente una cuestión de tiempo, dicen.

El segundo punto de vista afirma lo contrario. Cuanto más pasa el tiempo, más arraigan los cambios y se hacen irreversibles. Cada vez más gente se incorpora a las nuevas relaciones de mercado, aparecen nuevas empresas y negocios, aumenta el peso de los intereses privados, que poco a poco se van organizando y articulando. Cuando esta nueva clase de ricos se asiente, establecerá su dominio social y ya no podrá ser desplazada.

En 1992 los tres grandes objetivos de la política económica de “terapia de choque”, la eliminación del déficit presupuestario, la estabilización del rublo y el control de la caída de la

producción, fracasaron estrepitosamente. En un año, la inflación pasó del 6% al 28%. El dólar, que en octubre de 1991 se cotizaba a 60 rublos, cuesta ahora 1.200. La industria estatal, la única existente en Rusia, ha sido colocada al borde de la quiebra. La caída de la producción ha aumentado del 13% de noviembre de 1991 al 32,6% de octubre de 1992.

La producción de petróleo y gas, que genera la mitad de las divisas del comercio exterior, ha caído en un 15%. Las refinerías rusas produjeron en 1992 un 12% menos de derivados que el año anterior, que se añade al -9% de gasolina, -11% de gas-oil y -10% de fuel. Más de 30.000 pozos de petróleo paralizados técnicamente impiden extraer 40 millones de toneladas de crudo anuales. “Pronto podríamos perder la mitad de nuestra industria, algo que, históricamente, Rusia sólo conoció como resultado de la Primera Guerra Mundial, la revolución y la guerra civil”, dice un informe del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias. Se ha creado tal desorden, dice el informe, que “se ha hecho absolutamente real la perspectiva de convertirnos en meros proveedores de materias primas para los países más desarrollados”. La “revolución de los precios” ha cambiado la atmósfera dominante en 1990 y 1991 favorable a los “cambios radicales”. Entonces éstos eran sólo una declaración de intenciones y había un amplio consenso entre la clase política y una gran expectativa social. Desde 1992 los principios abstractos se han traducido en dolorosa experiencia. Se ha arruinado definitivamente el (precario) sistema de “garantías sociales” característico del régimen soviético. Miles de científicos y profesionales altamente cualificados se han visto forzados a cambiar de profesión, en beneficio de actividades comerciales banales, o a abandonar el país. “Se ha iniciado la destrucción de nuestro potencial técnico-científico y de una masiva huida de cerebros”, señala el documento que constata que, “la única esfera de actividad dinámica es la de los intermediarios en transacciones comerciales y la especulación financiera”.

Desde 1992, el negocio por excelencia ha consistido en comprar materias primas a “precios rusos” y venderlas en el mercado internacional, jugando con la enorme diferencia de precios. Gracias a la extraordinaria corrupción de los aparatos del Estado, alimentada por la dinámica circulación de dinero, ese juego ha disparado el contrabando de materias primas. Incluso si la transacción es jurídicamente legal, los beneficios obtenidos no regresan a Rusia, se quedan en bancos extranjeros porque el sistema de licencias de exportación, mediante el cual cualquier estado se asegura de que el dinero de las exportaciones regrese al país, no existe en Rusia. Todo el mundo evade divisas: entre 10.000 y 15.000 millones de dólares han salido del país el año pasado, según estimaciones occidentales (más de 26.000 millones de dólares según fuentes del Ministerio ruso de Seguridad, y “alrededor de 2.500 millones de dólares”, -10% del valor total de las exportaciones anuales— según el Ministro de relaciones económicas exteriores, Sergei Glaziev). La exportación salvaje de minerales preciosos o raros ha alcanzado tal volumen que ha contribuido a la caída de los precios del aluminio y el níquel en la bolsa de metales de Londres. En 1992, Rusia ha exportado 20 millones de toneladas más de níquel que el año anterior. Los estados bálticos han sido la puerta de salida por excelencia: 280.000 toneladas de metales preciosos se han escapado por Letonia y 45.000 han llegado a Escandinavia (entre mayo y septiembre de 1992) vía Estonia. La enorme circulación del dinero ha desarrollado las mafias, la corrupción y el desbarajuste de las instituciones del estado, uno de cuyos parámetros es la privatización de la policía mediante la creación de servicios especiales de escolta y agencias de “seguridad” privadas, apenas diferenciadas de los grupos extorsionadores. En Moscú, los bancos comerciales no enseñan sus libros al Banco Central de Rusia y lo mismo ocurre con los controles sanitarios o de cualquier otro tipo de la inspección estatal. Es tan fácil sobornar a un funcionario mal pagado que hasta en el Kremlin se ha pagado al entorno del Presidente para conseguir entrevistas periodísticas con Yeltsin. “Tras el total dominio de la propiedad estatal se pretende instaurar el total dominio de la propiedad privada”, dice el ex Presidente Mijail Gorbachov, que recuerda que hoy con los “demócratas” igual que ayer con los bolcheviques no se ha pedido la opinión de la población para intentar cambiar el “modelo de sociedad”.

Estos son los datos de la “revolución económica yeltsinista” que provocan hoy en Moscú diferentes pronósticos; el de quienes hablan de la “latino-americanización” o “tercer-mundización” de Rusia, de su transformación en un “patio trasero” de Occidente con riquísimos recursos naturales, y los de quienes ven ya signos de prosperidad regionales y de sectores minoritarios de la sociedad capaces de dar impulso y cohesión a la transformación del país. Pero, ¿cómo pudo llegar lo que en sus inicios era una “reforma desde arriba” a configurar tal desbarajuste?

Gorbachov inició la reforma en 1985 porque los cambios políticos y económicos congelados durante 20 años bajo el mandato de Leonid Brezhnev se habían hecho una necesidad imperiosa que ya no admitía demora. Lastrada por una carrera de armamentos que la URSS seguía sólo con la lengua afuera, se consideraba que la economía soviética había perdido la carrera de las “nuevas tecnologías”, la “revolución científico-técnica” y que valía la pena invertir menos en el mantenimiento del papel de gran potencia en el mundo para concentrarse en la mejora y la racionalización del estado de cosas en el interior del país. La URSS había perdido una gran ocasión en 1964, cuando un golpe palaciego puso fin a las reformas de Nikita Jrushov. Ya entonces se había intuido la complejidad de la reforma en el país después de una espectacular revolución política que había enterrado políticamente al estalinismo. Jrushov no consiguió triunfos en la economía e intentó compensar eso con un audaz proyecto de reforma del partido que amenazaba con ponerlo todo patas arriba en el “establishment” político. Eso le costó el puesto. Sus sucesores optaron por la política del avestruz: pospusieron los cambios necesarios haciendo ver que los problemas no existían. Con ello solucionaron uno de los problemas, la inestabilidad que había padecido la clase política durante una agitada década de cambios, pero incubaron una crisis de amplias proporciones, tanto en la industria, manteniendo un aparente crecimiento extensivo sin modernizar ni reconvertir las infraestructuras, como en lo social y en lo político. Los alicientes extra-económicos que habían actuado años atrás en el proceso de urbanización de amplios sectores rurales ya no funcionaban en una sociedad que se alienaba cada vez más con respecto a la ideología oficial. Aparentemente no ocurría nada, pero millones de rusos, especialmente los intelectuales, dejaron en privado de creer en todo aquello que aprobaban en público. Tras la muerte de Brezhnev, la brevísima permanencia en el poder de otros dos dirigentes de direcciones radicalmente opuestas, el conservador Chernienko, y el reformista Andropov, fallecidos en el plazo de tres años, añadió aun mas tiempo perdido e introdujo factores de impaciencia

La generación de Gorbachov llegó al poder con mucho retraso. Todos ellos habían pasado muchos años como subalternos de un sistema los datos (confidenciales) de cuya crisis conocían. Sabían pero no decían. Además, tenían que aprobar sin convicción la gestión de sus ancianos jefes. Por ese duro camino, muchos habían llegado (en viajes ocasionales o destinos oficiales en el extranjero) a una íntima convicción de la perfección y superioridad del modelo occidental. El accidente de la central nuclear de Chernobyl en abril de 1986 demostró los peligros físicos de mantener el lento “desmoronamiento interior” disimulado a base de una intensiva exportación de los riquísimos recursos naturales del país, entre ellos el petróleo cuyo precio bajó espectacularmente en los setenta poco antes de que Washington anunciara nuevas y carísimas fantasías armamentísticas con la SDI (“guerra de las galaxias”).

Políticamente Gorbachov quería hacer algo parecido a lo que habían intentado hacer los comunistas checos en 1968: democratizar el socialismo, modernizar el sistema político y hacer más funcional el sistema económico que debía abandonar el crecimiento extensivo (producir más) para buscar un desarrollo intensivo (producir mejor). El deshielo internacional era un requisito previo a la desmilitarización de la industria, en su gran mayoría dedicada a propósitos militares, y eso, a su vez, de una redistribución más civil y menos patriótica de los esfuerzos del país: cambiar cañones por mantequilla, literalmente. El proyecto era reformista, es decir gradualista, evolutivo, dirigido a

construir nuevas instituciones y espacios llamados a sustituir a los caducos, con una amplia perspectiva temporal, pero chocó desde sus inicios con el país real, con el escepticismo y la resistencia pasiva de la mayoría de la población ante un proyecto de modernización que, una vez más, sólo podía ocasionar nuevos sufrimientos. Sobre este fondo dos grandes obstáculos políticos; el conservadurismo de la inmensa mayoría de los cuadros dirigentes del PCUS y, sobre todo, el carácter revolucionario, rupturista, sectario y mesiánico de la intelectualidad rusa, el único sector social que saludó desde el primer momento los cambios.

El radicalismo cultural de los intelectuales rusos, dominó bien pronto al movimiento social de apoyo a la “perestroika” que se convirtió en abierta oposición en cuanto hubo libertad para ello y que dirigió enseguida su presión hacia la conquista del poder.

En términos generales Rusia no entendió el gorbachevismo. A muchos dirigentes del partido comunista en las provincias rusas y las repúblicas soviéticas la “perestroika” les cambió el universo, les obligó a tomar decisiones y responder a situaciones nunca vistas a las que muchos no reaccionaban. El poder estaba en algunos lugares literalmente podrido, totalmente incapacitado para ser ejercido en las nuevas condiciones de creciente pluralismo y libertad pública. Muchos dirigentes eran como recién nombrados almirantes a los que se exigía una gesta marítima sin haber visto en su vida el mar. La mayoría no dio la talla e iban cayendo por el camino tras haber intentado capear las tempestades encerrados en los edificios de mármol de las sedes del partido, asediadas a menudo por multitudinarias manifestaciones.

La misma incompreensión y podredumbre se vivió en el otro campo, en las conciencias y actitudes de quienes querían cambiar el orden de cosas. En la calle triunfaron las ideas y los esquemas más simples. En Rusia parecía que todo el problema económico consistía en un nuevo reparto justo de los fabulosos recursos cuya gestión monopolizaba la clase política comunista, los mitificados “privilegios de la nomenclatura”. En todas las repúblicas y territorios nacionales, incluso en aquellos que debían su existencia a evidentes subvenciones del estado central, se escuchaba el mismo mito reduccionista del “centralismo parasitario” de Moscú, un monstruo que chupaba las riquezas y energías nacionales sin dar nada a cambio. Casi todas las naciones encontraron un vecino a quien cargarle el muerto de sus desgracias; los abjatos echaban la culpa a los georgianos, los georgianos a los rusos, los rusos a la URSS. Violencias y pleitos históricos que el miedo había contenido muchos años, se desataron en una espectacular espiral. Todos, pueblos e individuos pensaron que la libertad consistía en liberarse del amo, olvidándose del esclavo que llevaban dentro. Hubo una patológica subversión de valores que consistía en afirmar lo contrario de lo que había sido la doctrina oficial, sin pensar demasiado en los contenidos y consecuencias de esa negación febril. Tras tantos años de estricto dirigismo, se impuso un ambiente de jardín de infancia alcoholizado, enloquecido, un cóctel explosivo de ausencia de directrices y libertades mal administradas.

El país no entendió el proyecto gorbachoviano. Pero esto no es un reproche al país, sino que sugiere más bien que en el propio proyecto de Gorbachov había grandes errores de cálculo, de desconocimiento del país real, de idealización de su cultura política. Errores generosos, si se quiere, pero que contribuyeron a crear una situación fuera de control que confirmaba a los unos en su conservadurismo y a los otros en su revolucionarismo. La reforma de Gorbachov fue una continua maniobra entre esos dos factores que el Secretario General del PCUS y luego Presidente intentó siempre conciliar e implicar en un proyecto centrista esencial que salvaba la “parte buena” del viejo sistema y se basaba en la negociación y el acuerdo, un lenguaje que fue perfectamente comprendido por el hombre de la calle de Europa occidental que le aclamó como “torero” tanto en Helsinki como en Roma, Madrid o Nueva Delhi. En cambio en Rusia su predisposición al diálogo y al consenso, sus prudencias y escrúpulos humanistas, e incluso el hecho de que mantuviera una relación poco patriarcal con su emancipada mujer o que no fuera propenso al alcohol fueron vistos como “debilidad”, “falta de decisión” y “medias tintas”. Gorbachov cometió muchos errores, pero incluso

en su derrota fue capaz de transmitir un espíritu democrático raro en Rusia. Con su caída política concluyó la etapa liberal y romántica de la reforma rusa y se inició una lenta restauración de gran parte de las esencias de la tiranía tradicional rusa a la que hoy asistimos, independientemente de las ideas y principios democrático-liberales oficialmente proclamados.

Esa restauración estaba ya contenida en la cultura política de las fuerzas alternativas al PCUS –los llamados “demócratas”– y en el proyecto político que han defendido. Al igual que los bolcheviques del periodo revolucionario, los “demócratas” rusos y su líder el ahora Presidente, Boris Yeltsin, son políticos sectarios que han traducido al ruso ideas occidentales que piensan imponer a la fuerza en el país. Con todas las diferencias temporales, su proyecto es esencialmente idéntico al de los bolcheviques, pura ingeniería social, crear una clase social para un nuevo orden político-económico. Y hacerlo rápido y sin consenso. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917 la industrialización fue para ellos una manera de extender la “ideología de los obreros de Moscú y San Petersburgo” por un inmenso país agrario. Ese “orden nuevo” se introdujo brutalmente en el campo mediante la colectivización cuya consecuencia inmediata fue la muerte por hambre, deportación y epidemias de millones de personas. Aunque el contexto histórico es distinto, el esquema es idéntico; el proceso de privatización, la puesta en manos de una nueva clase de capitalistas de los enormes recursos naturales de Rusia, la tierra, la industria y las infraestructuras, deberá configurar otro modelo de sociedad, otra cultura social, una “nuevas Rusia”. Según Yegor Gaidar, el ex Primer Ministro y máximo representante del neoliberalismo ruso en economía, en Rusia la economía de mercado sólo se puede introducir “a través del caos”. Este “caos creativo” no es más que la clásica concepción conspirativo-revolucionaria rusa que ya en el siglo XIX concebía la sociedad no como un tejido humano, vivo y sensible, sino como una mera máquina susceptible de ser manipulada desde el genio de una minoría iluminada. Las consecuencias de tal “revolución” serán cualquier cosa menos la realización de los principios liberales proclamados, la revolución yeltsinista no traerá democracia y libertad, sino probablemente violencia y dictadura, también por otra razón; porque su contexto es una explosiva mezcla de inflación, desprecio manifiesto por la política de consenso y la integración de adversarios, crisis ideológica, desprestigio y corrupción de la administración, conflictos armados en la periferia rusa, desintegración del ejército y la cultura. La historia no conoce casos de construcción de la democracia con tales ingredientes.

Cuando en enero de 1992 el Presidente Yeltsin inició su reforma económica radical (primero liberalización de precios, segundo privatización de la economía) no lo hizo creando un gobierno de “unidad nacional”, buscando la suma de quienes habían conseguido vencer a la intentona golpista de agosto de 1991, sino que operó sobre un gabinete dominado por ideólogos y favoritos sectarios. Los líderes de éste pequeño grupo eran los consejeros y secretarios del Presidente, Gennadi Burbulis, Mijail Poltoranin y Sergei Shajrai. El primero era el autor de las ideas, había sido catedrático de “comunismo científico”, la más delirante de las disciplinas universitarias soviéticas, y tras el frustrado golpe de estado de agosto ocupaba el mismo despacho que el ideólogo de Brezhnev, Mijail Suslov, había ocupado durante dos décadas en el edificio del Comité Central del PCUS, convertido tras el golpe en sede gubernamental. El segundo, un ex-periodista, era el encargado de convertir la ingeniería social de Burbulis en información comprensible y aceptable por el gran público a través de la manipulación de los medios de comunicación. El tercero era un abogado que redactaba las leyes y decretos que daban forma jurídica a los proyectos. Un cuarto personaje, el Primer Ministro, Yegor Gaidar, no pertenecía al “sancta sanctorum” del yeltsinismo, era un tecnócrata cuya reciente conversión y estricta devoción hacia las doctrinas económicas neoliberales le convertían en un idóneo instrumento “técnico” del trío de ideólogos. Todos ellos, Burbulis, Poltoranin, Shajrai y Gaidar, habían recibido una intensa influencia de parte de los más conservadores políticos e instituciones en varios viajes como diputados a los Estados Unidos.

El propio Presidente Boris Yeltsin no era una gran figura. Su nivel intelectual era bastante bajo y su manera de hacer política revelaba la típica psicología de un ex alto funcionario regional del PCUS, enérgico y autoritario. Era la misma escuela de tantos otros comunistas reformistas, como el propio Mijail Gorbachov. Pero a diferencia de éste, Yeltsin era un hombre incapaz de pronunciar un discurso sin mirar los papeles, se perdía en las más elementales nociones del estado de derecho, no entendía los decretos que firmaba previamente preparados por sus colaboradores, y nunca había comparecido ante el Parlamento o ante una rueda de prensa para responder preguntas complejas con argumentos elaborados. En cambio, Yeltsin tenía algo muy importante en la nueva Rusia, carisma popular y un enorme sentido de la psicología popular con la que jugó con mucho éxito ya en 1987, antes de acceder al Politburó del PCUS, cuando Gorbachov le nombró jefe del Partido en Moscú y él se paseaba por la ciudad usando el transporte público y preocupándose de que le siguiera siempre un equipo de televisión detrás. La campaña electoral de Yeltsin empezó ya entonces, años antes de que existiera la posibilidad de celebrar elecciones en la URSS. En eso fue genial. Operando en la psicología popular, muy resentida hacia el poder establecido, Yeltsin hizo una meteórica carrera como líder popular por la vía de criticar a ese poder, primero desde dentro y, una vez el desmoronamiento ya amenazaba ruina, desde fuera, abandonando el PCUS y abrazando el anticomunismo. El objetivo de Yeltsin, su única inquietud política, era llegar al poder, al máximo poder, una aspiración que en Rusia no es muy original. La lógica de esa lucha por el poder junto con la intuición del estado de opinión dominante en la calle, determinaron su ideología y posición política en todo momento. Yeltsin fue una fachada, un ariete al que se subió el nuevo bolchevismo ruso para conquistar el poder. Yeltsin gana las elecciones y sus secretarios y consejeros hacen la política. De vez en cuando, cuando esta política hace aguas, el Presidente, que es un hombre rencoroso y mezquino pero también audaz y valeroso, soluciona la situación con alguna machada; en agosto de 1991 subiéndose a un tanque y plantando cara al golpe (un golpe que el propio radicalismo yeltsinista había provocado en gran parte), en abril de este año con un referéndum lleno de riesgos. Sólo cuatro meses después de iniciada la reforma radical, cuando el país había sufrido ya el impacto de los astronómicos aumentos de precios, ya se vio que la unidad forjada en la oposición al PCUS y dignificada por la resistencia al golpe de agosto de 1991 se estaba rompiendo. El Parlamento, el Congreso de diputados, el Vicepresidente de Rusia, Aleksandr Rutskoi, comenzaron a expresar dudas y críticas hacia la economía de “terapia de choque”. No se trataba ni mucho menos de un conflicto abierto entre los parlamentarios y el presidente, pero el Congreso comenzaba a expresar tanto la reacción de la población ante el empobrecimiento al que le condenaba la subida de precios, como la potente presión de las elites tradicionales del país (burocracia industrial-militar, sector agrario colectivista, dirigentes de las regiones y repúblicas) bien contra la desnacionalización de la economía, bien contra su marginación de la apetitosa “operación reparto” que prometía ser la privatización. En Rusia, un país, en el que el 99% de la propiedad es estatal o “de todo el pueblo”, privatizar significaba expropiar al conjunto de la sociedad un patrimonio común, y remover las jerarquías de privilegios de los altos funcionarios que gestionaban tal patrimonio. Es decir, la privatización radical que se proponía el gobierno de Yeltsin era algo social y políticamente tan complicado de realizar, más aun sin el consenso de las elites implicadas, que la tormenta estaba garantizada. Fue entonces, en abril de 1992, cuando los ideólogos de Yeltsin se dieron cuenta de que su política no resistiría con métodos democráticos de gobierno. Se empezó a difundir la idea de “reforzar los poderes presidenciales” y aunque el conflicto con el Parlamento aun no había empezado, tanto Burbulis como el ex alcalde de Moscú, Gavril Popov, ya barajaban públicamente la idea de disolver las cámaras y decretar un “periodo de transición” al que seguiría un referéndum para legitimarlo y una asamblea constituyente con diputados fieles que elaboraran una Constitución hecha “a la medida” de la situación. El proyecto incluía la creación de un sistema de gobernadores territoriales sometidos al Presidente y capaz de tomar el relevo a la estructura del poder local,

dominada por la elite tradicional. “La alternativa es o una República Presidencial autoritaria, o un fascismo que reinstaurará el régimen anterior”, dijo aquel abril, Sergei Shajrai.

En noviembre de 1991, el Congreso de diputados había decidido en una votación con mayoría de dos tercios dar luz verde a la “reforma económica radical” y había dado a Yeltsin poderes extraordinarios durante un año para llevarla a cabo: derecho a formar gobierno, a dirigirlo autónomamente y a dictar decretos inapelables. En aras de lo extraordinario de la operación se había dado casi facultades de dictador a Yeltsin. Los problemas empezaron cuando el Presidente intentó convertir esos poderes excepcionales en permanentes pocos meses antes de que caducaran. Los parlamentarios no querían revalidar los poderes extraordinarios en parte porque las consecuencias de la liberalización de los precios les habían hecho regresar a un modelo de reforma menos “revolucionaria” y en parte porque habían asistido alarmados a las declaraciones de los ideólogos y colaboradores de Yeltsin acerca de la necesidad de institucionalizar un régimen presidencialista autoritario. A partir de ese momento, cuando el Parlamento y el Congreso se niegan a eso, comienza una larga batalla en la que el estado de derecho y sus instituciones se transforman en terreno de lucha. El Presidente y el gobierno desprecian la consulta al Parlamento y consideran la necesaria labor de control de éste como “injerencia”. Los dirigentes del Parlamento actúan en respuesta como una especie de “poder ejecutivo alternativo”. El Presidente y sus colaboradores presentan con ayuda de la prensa y la televisión el asunto como un conflicto entre el reformismo de un Presidente elegido democráticamente y un Congreso de diputados “comunista” que desea regresar al pasado. La realidad es que la democracia es un impedimento para continuar la “revolución” yeltsinista que se ha quedado sin cartas que jugar. El drama de la oposición es que tampoco tiene un proyecto político alternativo que ofrecer ni un líder. El jefe del Parlamento, Ruslán Jashbulatov es un personaje poco simpático, profundamente enemistado con la prensa y que ni siquiera es ruso, sino caucásico, algo parecido a ser gitano en España. Una vez más el yeltsinismo juega a fondo con la psicología popular, poco familiarizada con las instituciones del incipiente estado de derecho ruso que para la mayoría de los rusos son puras abstracciones: a un lado un Presidente populista y carismático que quiere “orden”, al otro un Parlamento inútil, calificado por Yeltsin de “cotorreante”, que sólo impide gobernar y que está dirigido por un caucásico. Con la ayuda de los medios de comunicación, esta imagen se impone en Rusia.

El Congreso de diputados no era una maravilla pero era el primer parlamento electo en 70 años. Había sido elegido por sufragio universal en marzo de 1990. No hubo escaños corporativos ni comisiones especiales controladas por el PCUS para la filtración de candidatos incómodos, como ocurrió con el Parlamento de la URSS elegido un año antes. Todos sus miembros fueron elegidos por la población. Incluso en los 11 casos sobre 1.040 donde sólo se presentaba un candidato, éste tuvo que recibir el 51% de los votos emitidos. El año 1990 fue la culminación de la hostilidad de los rusos hacia el PCUS, un año irrepetible en el que las ideas liberales de democratización y las esperanzas en un cambio radical alcanzaron su máximo apogeo. Es dudoso que en el futuro inmediato Rusia tenga un Parlamento más favorable a los cambios de lo que lo ha sido el actual. El 85% de los diputados así elegidos eran miembros nominales del PCUS pero la mayoría de ellos no fueron elegidos “por” sino “a pesar” de su carnet del partido, de un PCUS que ya era un cajón de sastre en el que convivían: liberales occidentalistas, socialdemócratas, estalinistas y nacionalistas. En 1990, también Boris Yeltsin era miembro de aquel PCUS de 20 millones de socios. En este Congreso “de comunistas” de más de 1.000 diputados, sólo 355 formaron en mayo de 1990 el grupo parlamentario comunista, “comunistas de Rusia”, que hoy tiene 67 miembros. En 1990, este Congreso eligió a Yeltsin como Presidente del legislativo, luego sentó las bases del estado de derecho creando en 1991 la separación de poderes, con una presidencia ejecutiva (Yeltsin) y un Tribunal Constitucional autorizado para dictaminar la constitucionalidad de las leyes aprobadas por el

Parlamento (Soviet Supremo) o los decretos del Presidente. En 1990 y 1991, este Congreso acusado de querer “regresar al totalitarismo” aprobó infinidad de Leyes y decisiones para reforzar una lucha sin cuartel contra el PCUS y las autoridades del gobierno central de la URSS: la declaración de soberanía de Rusia, los decretos sobre despolitización del ejército y el KGB, el ultraliberal programa económico de “500 días” y enmiendas constitucionales contra el monopolio del poder del PCUS como la del ahora molesto para los nuevos aspirantes a monopolistas artículo 104 que define al Congreso (y no a la Presidencia) como “máximo órgano de poder” encargado de “determinar las líneas maestras de la política interior y exterior”

En un clima de gran virulencia anti-parlamentaria en los medios de comunicación y entre reiteradas amenazas públicas de “disolver” el “inútil Congreso”, Yeltsin intentó por fin el 10 de diciembre de 1992 cumplir su amenaza, leyendo ante los diputados reunidos en el Kremlin un discurso en el que acusaba a la cámara de querer “regresar al totalitarismo comunista” y abandonando la sala a continuación con la intención de dejar sin “quorum” al parlamento, pero todo le salió mal. No le siguieron más que un centenar de diputados y los principales ministros en una ocasión así (defensa, interior, seguridad) el Fiscal General, el Presidente del Tribunal Constitucional, el Secretario del Consejo de seguridad y otros, expresaron su respeto a la Constitución y censuraron el frustrado “fujimorazo” de Yeltsin. El 20 de marzo, tras 3 meses de tediosa batalla entre el Presidente y el legislativo en la que Yeltsin y sus colaboradores hicieron todo lo posible para reventar los frágiles pactos alcanzados, el Presidente anunció, (no dio sino “anunció”) un golpe de estado por televisión, un “régimen especial” en el que todos los poderes se sometían a su autoridad personal. “Cualquier decisión de órganos o personas dirigida a cambiar o suspender las órdenes e instrucciones del Presidente no tendrá fuerza legal”. “Ya he firmado el decreto”, dijo. El Tribunal Constitucional vio en el discurso 8 violaciones de la Constitución, pidió el decreto a Yeltsin, pero éste en lugar de entregarlo lo corrigió para rebajarlo, tras constatar otra vez la oposición de altos funcionarios como el Secretario del Consejo de Seguridad, Yuri Skokov, y personalidades como el vicepresidente, Rutskoi. Cuando este remiendo fue finalmente publicado 4 días después, Yeltsin hizo ver que era el original del día 20. El nuevo decreto, que convocaba un asombroso referéndum de apoyo al Presidente cuya mecánica era una garantía de victoria incluso con un 20% de participación, no engañó a nadie porque su redacción anterior había trascendido, pero Yeltsin utilizó eso en su favor en un nuevo discurso televisado en el que dijo, “se han dado tanta prisa en condenarme que no han esperado ni a que publicara los decretos”. No fue esta gamberrada, sino su insólito discurso de 5 minutos ante el IX Congreso el día 27 de marzo, en el que propuso una paz inmediata sin ninguna garantía ni contenido concreto (seguida 24 horas después de un juramento ante una manifestación de no pactar con “Jasbulatov y su banda”), lo que llevó a los diputados a votar al día siguiente su destitución, que Yeltsin evitó por sólo 72 votos de diferencia sobre 924.

Esta batalla era muchas cosas pero desde luego no tenía nada que ver con una lucha entre “un Presidente democrático y elegido por el pueblo” y un “Parlamento comunista que no representa a la sociedad y que desea regresar al totalitarismo”. Sin embargo esta imagen triunfó no sólo en Rusia, donde los medios de comunicación controlados por el Presidente la presentaron convenientemente manipulada, sino en occidente, donde se dio por buena y se alentó por razones de estado. En Moscú, “una coalición de comunistas, fascistas y oportunistas ha arrebatado los últimos poderes al primer Presidente elegido democráticamente de la historia de Rusia”, señaló el diario “Los Angeles Times”. Nadie se molestó en recordar que esa misma cámara “fascista-comunista” era la misma que había dado luz verde a la reforma económica radical y a los poderes extraordinarios el año anterior, lo que de por sí ya era una invitación a examinar lo ocurrido entre tanto. La pelea que tiene lugar en Moscú, “no es exactamente entre reforma y regresión”, reconocía “The independent” de Londres en su editorial del 22 de marzo que daba la clave al recordar que aunque el Zar Pedro I fue “un tirano”, por lo menos era un “tirano occidentalista”. Así pues, Occidente no toma partido en Rusia por la

“democracia” sino por el “occidentalismo”, como sugirió también la editorial del “New York Times” apostando por Yeltsin, “porque encarna los ideales e intereses que corresponden a nuestro país y su modo de vida”. “Si Yeltsin cancela la actividad del antidemocrático parlamento eso no significará necesariamente un acto antidemocrático”, declaró el Presidente Clinton el 12 de marzo, 8 días antes del anuncio televisado del fallido golpe presidencial en Moscú, acogido por el influyente diario alemán “Frankfurter Allgemeine Zeitung” en su editorial del día 22, no como una “hora negra” para Rusia, sino “posiblemente como una de las más luminosas”.

Con ese ambiente internacional, que permite entender perfectamente porque el anti-occidentalismo y el aislacionismo paneslavo tiene tanto arraigo histórico en Rusia, el Congreso convocó para el día 25 de abril un referéndum con la pregunta que tanto deseaba Yeltsin, confiado en su carisma popular, “¿confía usted en el Presidente?”, pero él añadió otra pregunta no deseada y cargada de veneno, “¿aprueba usted la política socioeconómica realizada por el Presidente desde 1992?”. La campaña presidencial por el “sí” en el referéndum empezó con una multitudinaria asamblea de intelectuales moscovitas en el cine “óctubre” de Moscú. Fue sin duda una de las jornadas más memorables de la crónica rusa en 1993 a pesar de que ningún periódico la recogió. En un ambiente de gran fervor presidencial, la crema de la intelectualidad moscovita votó por unanimidad y aclamación la conveniencia de otorgar “todo el poder” a Yeltsin. Uno de los asistentes pidió la palabra y se atrevió a sugerir que quizá, acaso, sería conveniente incluir algún tipo de “contrapoder” para equilibrar. Se levantó un escritor indignado; nada de limitaciones, ¡todo el poder! Rusia necesita imitar a Pinochet, “¿es que acaso faltan estadios en Moscú?”, dijo entre el aplauso y el delirio de la asamblea. Ese día comprendí por qué Rusia, un país de religiosos fanáticos como España, dio luz al estalinismo, comprendí perfectamente el ambiente de los procesos de Moscú en los años 30, aquellos autos de fe, aquellas unanimidades, aquellos fervores y delaciones. Intelectuales aclamando la dictadura. El ciclo de la intelectualidad rusa se había cerrado aquella tarde: en nombre del mismo proyecto político que les hizo demócratas con Gorbachov en los ochenta, ahora, en los noventa, aclamaban a la dictadura.

Y Yeltsin ganó el referéndum del 25 de abril. A primera vista esa victoria parece un enigma: una tercera parte de la población se pronunció a favor de la política que a través de la inflación ha reducido en un 50% el nivel de vida de la mayoría, la política que ha disparado la corrupción y la delincuencia hasta niveles desconocidos, que está dividiendo a la sociedad, que ha hecho caer catastróficamente la producción y el potencial científico e investigador del país, que ha destruido en gran medida sus precarios pero importantes servicios sociales, que ha instalado la incertidumbre sobre el futuro y acercado el fantasma de un desempleo masivo... ¿Cómo fue posible?

Sin duda jugó algún papel el estricto control de la televisión. La oposición fue prácticamente expulsada de la televisión en las horas decisivas de máxima audiencia y en las pocas ocasiones en las que logró acceder lo hacía en medio de una intensa campaña de ridiculización, ataques personales, comentarios unilaterales, y demonización de sus líderes, acompañada del estreno en Rusia de la propaganda electoral de estilo occidental –dirigida a vender productos operando con la psicología de masas– de exaltación del Presidente. Al Vicepresidente Rutskoi, el único rival potencial de Yeltsin, se le negó el acceso a la televisión, mientras que el Presidente intervino nueve horas antes de iniciarse la consulta con un discurso final. El Presidente del Parlamento, Jasbulatov, calificó como “goebbelsiano” todo este nuevo estilo de propaganda presidencial que contó con el asesoramiento de empresas norteamericanas.

Por parte del Presidente hubo también una extraordinaria proliferación de promesas electoralistas, otra figura desconocida hasta la fecha en Rusia y que se jugó con una grosera exageración. En los 15 días anteriores al referéndum, Yeltsin firmó diariamente dos o tres decretos para ganarse a sectores concretos de población. A los cosacos del Don les concedió autonomía. A

los militares les triplicó los sueldos (con lo que un soldado raso dispuesto a servir en el ejército por contrato pasaba a cobrar dos veces más que un profesor de universidad); prometió parcelas de tierra a los oficiales, ascendió en un mes a 188 nuevos generales. A los estudiantes les dobló las becas, a los jubilados las pensiones. Congeló hasta julio las subidas de los alquileres y unas semanas el precio de la gasolina. Concedió ventajas a los habitantes de las regiones del extremo norte de Rusia, condecoró a estrellas del rock, prometió privilegios y devoluciones de patrimonio a las órdenes religiosas, a los afectados de Chernobyl, a los mineros, a las mujeres, a los científicos, a los administradores del complejo industrial-militar. El costo estimado de toda esa montaña de decretos populistas era de 3,5 billones de rublos. Estaba claro que todo iba a ser devorado por la inflación o simplemente olvidado, pero no para la mayoría de la población que asistía por primera vez a una tal escalada preelectoral exhausta por la carestía y las dificultades de la vida diaria. Por cierto, gracias a su control de la máquina de imprimir dinero, el gobierno relajó esa presión en abril; por primera vez en muchos meses, los precios subieron por debajo de los salarios (16% frente a 22%). Esa medida fue acompañada de una campaña de medios de información cuyo mensaje esencial resumió el Presidente en su último discurso: “La situación es difícil, pero ya hemos superado lo peor, poco a poco comienza la estabilización”. Pocos días después del referéndum el rublo desmentía eso volviendo a caer espectacularmente en su cotización con respecto al dólar. Tuvo también cierto impacto, la actitud de una parte considerable de los artistas, escritores, cineastas y cantantes más populares cuyo servilismo incondicional hacia el poder quedó de manifiesto en el documental de Eldar Riazanov, sobre la vida íntima del Presidente y su austero y modesto modo de vida en el que cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia.

Todo eso fue importante y tuvo influencia, pero me parece que aún jugó un mayor papel el hecho de que el voto popular en favor de la política económica sólo fue una consecuencia del voto hacia la persona de Yeltsin. El referéndum daba a elegir a los rusos entre una cierta idea monárquica muy arraigada en las consciencias, la persona, el dirigente, el secretario general, el Zar, y toda una serie de instituciones vinculadas al estado de derecho, el Parlamento, la constitucionalidad, el Tribunal Constitucional, el cuerpo de diputados, sin arraigo en la tradición histórica rusa y que la población veía como algo abstracto encarnado por personajes débiles. El apego a la personalidad providencial, el Zar fuerte, es tanto más acusado en Rusia en situaciones como la actual, cuando todo el universo anterior, sus valores, símbolos, estabildades (precios, fronteras), historia e ideales, se han derrumbado como un castillo de naipes sin que haya aparecido nada claro y firme que los haya sustituido. En ese desierto, la persona del dirigente, aunque éste hubiera sido el principal autor moral y físico de la destrucción, era la única certeza, el único hecho al que agarrarse.

Este fenómeno tomaba aún mayor fuerza a causa de la manifiesta ausencia de personalidades alternativas en el campo de la oposición. En Rusia ningún líder pierde mientras no aparezca un rival de talla. El equipo presidencial explotó hábilmente este hecho promocionando incluso la figura del “enemigo presidencial” en la persona del Presidente del Parlamento, Ruslán Jasbulatov, a cuya personalidad antipática y nacionalidad caucásica ya me he referido. Frente al San Jorge ruso, “nuestro Yeltsin”, Jasbulatov era el extranjero, el “estalinista” (Stalin era caucásico), el “mafioso” (los caucásicos están muy presentes en los bajos fondos de la extorsión económica, el particular “mundo de los negocios” de Rusia), el dragón.

En la victoria de Yeltsin, intervinieron también factores estructurales de su reforma económica. Es un hecho que ha mejorado la situación económica de un 10% o 15% de la población y que sectores enteros de ésta, la juventud, están dispuesto a atravesar cualquier desierto con tal de participar en el concurso para acceder al estilo de vida moderno por el que se sienten deslumbrados. Pero si hubiera que resumir en un sólo aspecto la clave de la victoria de Yeltsin en el referéndum, yo elegiría el aspecto apuntado en la primera parte de este artículo: los rusos votaron a favor de la opción que les pareció menos desastrosa, menos inestable, menos insegura. Votaron contra el

sufrimiento y la violencia movidos por una mezcla de todos los factores citados. Y lo hicieron, por cierto, bastante divididos, pues muchos se abstuvieron y muchos votaron en contra, lo que es preocupante. La tarde del 24 de abril, la víspera de la consulta intenté explicar esta enredada y engañosa situación en un pequeño comentario publicado por “La Vanguardia”, titulado, “lo nuevo y lo viejo”:

“Formal y estéticamente los rusos eligen hoy entre lo nuevo y lo viejo. La “nueva Rusia” prometida por el Presidente Yeltsin se ha anunciado mediante sonrisas publicitarias y promesas de arreglarlo todo, eficazmente transmitidas por una televisión fiel que pide el sí. Eso ha dejado en la cuneta a la rancia agitación de megáfonos y octavillas, actos cerrados en salas semivacías, y manifestaciones no muy numerosas con preponderancia de jubilados de una oposición que pide el no.”

“Cultural y psicológicamente, los papeles se invierten porque Yeltsin representa calores monárquicos avalados por tradiciones centenarias superpuestas a 70 años de absolutismo comunista que chocan con instituciones mucho más abstractas e inidentificables.”

“A un lado el Zar concreto, Secretario General, Presidente, que quiere poner orden. Al otro, el enemigo colectivo que se lo impide; unas instituciones parlamentarias dirigidas por una personalidad poco simpática que ni siquiera es rusa, el caucásico Jasbulatov, y una Constitución”.

“Desde mucho antes de la televisión, el monarca siempre se impuso en Rusia sobre las cortes. La autocracia siempre pudo más que la ley escrita. También aquí hay una lucha entre lo nuevo y lo viejo, pero esta vez con los papeles invertidos. La fuerza de Yeltsin consiste precisamente en haber mezclado hábilmente la nueva estética con los viejos contenidos; la televisión y las técnicas modernas de fabricación del consenso, con los viejos contenidos de la cultura política tradicional y los estereotipos de la psicología popular.”

Las instituciones y figuras del estado de derecho (Constitución, Parlamento, Tribunal Constitucional) que, o bien se oponen a la configuración de una monarquía presidencial o bien, simplemente están dominadas por adversarios de Yeltsin que desean otro tipo de dictadura. El sentido esencial de esta batalla es el propio conflicto, movilizar y desgastar energías dirigidas a problemas artificiales que consiguen desviar la atención social de los problemas reales del país. Ninguno de los grandes temas de la crisis por la que atraviesa el país; ni la política económica, ni la privatización, ni la corrupción, ni el papel de Rusia en el mundo encuentran así un marco adecuado para la discusión y el debate político. El Presidente distrae a sus adversarios con batallas artificiales mientras la prensa y la cansada opinión pública es movilizada en favor o en contra del Presidente en cuestiones secundarias como el texto constitucional (nunca en la historia de Rusia la Constitución tuvo relevancia alguna), el sistema de “soviets” (“consejos”, o sistema de representación desde el nivel local al regional) o el “conservadurismo” del Congreso de diputados o el Parlamento, falsamente identificadas como las causas de la crisis. Esta estrategia no es tan absurda si se piensa que los ideólogos del Presidente tienen la convicción de que el tiempo trabaja en su favor, de que cuanto más tiempo pasa, tanto más irreversible se hace la nueva situación y se refuerza la base social de una Rusia social y políticamente “latinoamericanizada”.

Desde mi punto de vista, el resultado de esta política de movilización de energías negativas, falsa radicalización y manipulación de la opinión pública fomentada desde lo más alto del poder, está siendo la perversión de la democracia política, de toda aquella precaria atmósfera de respeto a la ley, de búsqueda del consenso y debate social de los problemas del país trabajosamente fomentada en la época de Gorbachov. Ahora, tanto los partidarios como los adversarios del Presidente Yeltsin, salvo minorías muy reducidas en ambos bandos, contraponen distintos proyectos autoritarios. La idea nacional supera claramente y se pone por delante, en ambos casos, de los valores de la libertad, el estado de derecho y la democracia. El país se prepara para configurar un régimen autoritario capaz

de gobernar en condiciones de hiperinflación y, quizá, desempleo masivo. En este contexto son significativos los intentos de partidarios y adversarios del Presidente de ganar influencia en un ejército sin tradición ni vocación intervencionista.

Salvo las unidades estratégicas vinculadas a la guerra atómica, las Fuerzas Armadas de la URSS eran fundamentalmente regulares y no profesionales. Los generales eran meros subalternos del partido de estado, el PCUS. El Presidente y su administración tienen claros deseos de cambiar esta situación mediante la profesionalización del ejército, sustituyendo el sistema de levas por el de contratos y el modelo de ejército garante de la defensa nacional por otro intervencionista en la zona de influencia de la CEI (el ejército soviético también fue intervencionista pero no estructuralmente sino por motivos políticos), móvil y capaz de ser instrumentalizado para resolver crisis políticas internas. Requisito de esta compleja reforma militar es convertir a los militares en un estrato privilegiado encargado de mantener el orden en el interior del país. Por su parte, los adversarios de Yeltsin se remiten al viejo modelo de “ejército popular” y a la ética “patriótica” en su campaña de influencia sobre las fuerzas armadas. Es significativo que un ex oficial, héroe de la guerra de Afganistán, el Vicepresidente Rustskoi sea hoy el más notable líder de la oposición.

Las tendencias que se observan tras el referéndum son en primer lugar la pérdida de fuerza de la resistencia institucional (Parlamento, Tribunal Constitucional) al autoritarismo presidencial. Esto se debe en parte a las deserciones y compras de lealtades (se ofrecen puestos en la administración presidencial o en el extranjero a diputados rebeldes) que la derrota en el referéndum ha desencadenado en las filas de la oposición. El tambaleante sector centrista de la oposición se ha derrumbado estrepitosamente, como muestra la deserción de sus filas de los influyentes “padrinos” de la industria estatal, obligando a muchos ex centristas a acercarse al campo, entre conservador y nostálgico, de los “nacional-patrióticos” que conjugan parte de los símbolos y la retórica del régimen anterior con el tradicionalismo y el nacionalismo ruso “blanco” de extrema derecha. El mayor de los partidos comunistas que se reclaman de la herencia del PCUS, un partido disminuido todavía por el impacto de la disolución de la URSS pero que todavía es el más numeroso (500.000 afiliados) y mejor organizado, bascula entre las dos alianzas que se están configurando para el caso de unas elecciones parlamentarias anticipadas: el centro-izquierda y el bloque nacional-patriótico.

Mientras tanto, un nuevo factor regional ha hecho aparición en la política del país y ya se configura como el único obstáculo real al autoritarismo presidencialista. Las 88 autonomías de la Federación Rusa, tanto las nacionales (repúblicas) como las administrativas (regiones-distritos) han decidido sacar tajada del enorme desorden político que reina en Moscú. Es curioso que en esta pequeña “revolución de las elites de la provincia” coincidan frecuentemente quienes hace pocos meses estaban divididos por su apoyo u oposición al Presidente. Fundamentalmente estos dirigentes de la provincia, cuya unidad convertiría a los mandarines del Kremlin en generales sin ejército, están interesados en: I) independencia fiscal (ahora la administración central moscovita les otorga el 25% de los impuestos que recauda en sus territorios, mientras que ellos exigen la total transferencia de la recaudación con el compromiso de entregar el 50% de lo recaudado a la administración central), b) acceso libre y directo al comercio exterior directo (especialmente interesadas están aquellas regiones que cuentan en su territorio con materias primas o productos fácilmente comercializables) y c) que Moscú les dé la más amplia autonomía para gobernar y digerir sin interferencias su propio trozo del pastel de la privatización.

Este factor regional tiene una doble interpretación. Por un lado contiene algún peligro de desintegración del poder estatal, no tanto por razones nacionales (la analogía con la URSS desmembrada por las presiones de sus repúblicas parece aquí fuera de lugar, pues Rusia es mucho más homogénea, los rusos representan el 80% de su población) como por colisión entre diferentes intereses económicos regionales en el contexto de una creciente radicalización política. El referéndum del 25 de abril, donde el no a la política de Yeltsin venció en 40 de las 88 regiones y

repúblicas, además de las 3 que no participaron, ya ha dibujado la cartografía de esa división territorial. Pero por otro lado, este nuevo fenómeno regional podría configurar un pluralismo de elites que podría ser un importante factor de democratización. El mayor reparto del poder (el centro moscovita mandaría menos) restaría posibilidades y alcance a cualquier proyecto autoritario del Kremlin. Además, las elites regionales están mucho menos interesadas en la macroeconomía y en los “revolucionarios” proyectos de los ideólogos de Yeltsin (o en los delirios patrióticos de los nostálgicos de la URSS), y mucho más en la gestión de los problemas concretos derivados de su puesto, lo que les obliga a mantener una visión más social y pragmática. En todo caso, este obstáculo regional es lo único que impide hoy al Presidente Yeltsin realizar sus objetivos de disolver el Parlamento y acumular más poder presidencial.

ótra incógnita importante es la social. Rusia cuenta con la mayor clase obrera industrial del mundo, alrededor del 30% o 35% de su población. En ese sentido, el futuro de la reforma depende en buena medida de si llega a crearse o no una situación de desempleo de masas en el país y de qué proporciones alcance. De momento el paro es insignificante y las empresas que están al borde de la quiebra no han cerrado, aunque muchas de ellas trabajan al 30% de su capacidad (las del enorme complejo industrial-militar) y continúan pagando a sus trabajadores sueldos medios de 50.000 rublos con los que se puede vivir.

Al igual que en la época de Brezhnev, la economía del país funciona esencialmente gracias a la explotación intensiva de sus recursos naturales, ahora saqueados de forma más descentralizada, privada y corrupta. El país dedica menos del 10% de su PNB a la reinversión, cuando los economistas advierten que menos del 30% significa una vía rápida a la degradación económica. La gran cuestión es si este tipo de economía especulativa, no productiva y socialmente convulsiva cuya relación con Occidente está llamada a ser seudocolonial tiene futuro en el país, si podrá dar lugar a un sistema viable, o desembocará por el contrario a medio y largo plazo en una nueva fase de caos y violencia como las que Rusia ya ha conocido a lo largo de su historia. No hay ninguna duda de que el mundo occidental que tan alegremente saludó y alentó la desintegración en los Balcanes sentirá en su propia piel la enorme convulsión de una catástrofe en Rusia.

Rafael, Moscú, junio 1993

Brasil: entre la liberalización económica y el Estado Corporativo

Una visión tópica y euro-céntrica nos presenta frecuentemente a Brasil reducido a la playa de Copacabana y las postales del turismo de lujo. Sin embargo, Brasil es un país con más de 140 millones de habitantes y una larga tradición de desarrollo industrial y un movimiento obrero en permanente convulsión como consecuencia de las contradicciones generadas por la dominación del capital transnacional y el aparato estatal heredado de la última dictadura militar. Los extractos que reproducimos a continuación (*) nos acercan a algunos aspectos

de la realidad social brasileña y de su proceso de modernización.

(*) fruto de una larga conversación mantenida con Edson y Jaime, dos militantes anarco-sindicalistas de Sao Paulo, venidos a Barcelona con motivo de la Exposición Internacional del Anarquismo, celebrada el pasado mes de octubre.

- ¿Cuál ha sido la evolución del proceso de industrialización en los últimos años?

La dictadura militar en Brasil creó un gran desarrollo económico, pero contribuyó igualmente a concentrar aún más la riqueza. Así fue como regiones que ya tenían una cierta tradición industrial, como S. Paulo, experimentaron un gran desarrollo, al igual que otras provincias, como Minas Gerais o Río de Janeiro. Pero este desarrollo auspiciado por la Dictadura de 1964 aceleró también los movimientos migratorios y la concentración de la riqueza, con lo que S Paulo se convirtió en una provincia industrializada, como cualquier otra de los países del llamado primer mundo, hasta el punto de que hablar de S. Paulo es tanto como decir la industria brasileña.

En este proceso industrializador las inversiones estatales en la industria de base fueron fundamentales. Por otra parte, la política de inversiones públicas estuvo estrechamente ligada a los intereses del capital internacional. Así, se puede decir que la burguesía brasileña es una creación del Estado en asociación con la burguesía internacional. Los principales capitales invertidos en ese periodo provenían de los Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña, que tiene una especial importancia en el sector del transporte ferroviario ya desde el pasado siglo. En esa fase de industrialización también interviene el capital francés, sobre todo en el sector textil. El capital norteamericano, a su vez, se concentra en la industria de bienes de consumo hasta que, a finales de los años 50, junto con el capital alemán, se inicia la expansión de la industria automovilística. Es el momento de la llamada modernización de la economía que sentará las bases para el desarrollo de las décadas posteriores.

Asimismo, durante la Dictadura hubo una estatización de la economía. Un proceso que ahora aparentemente se quiere reconsiderar, por lo que el debate se centra en torno al tema de la privatización. Además durante la Dictadura hubo una gran corrupción. Por ejemplo, la deuda externa era de 3.000 a 4.000 millones de dólares en los años 50; durante la dictadura llega a más de 100.000 millones de dólares; de ellos unos 30.000 millones fueron invertidos pero prácticamente 2/3 de la deuda fueron simplemente robados o reinvertidos en los países capitalistas desarrollados. En ese contexto, la industria pública favorece las desviaciones de capital, al igual que ocurre con los grandes proyectos de obras públicas (Transamazónica, Taipú, etc.).

- ¿Qué repercusiones tiene ese proceso en el seno de la clase trabajadora?

Existe una cierta tradición del movimiento obrero vinculado a la industria de base. Pero el movimiento sindical auténtico (opuesto a los sindicatos oficiales) de los años 70 nace en la industria automovilística; de ahí salen precisamente los líderes como Lula o Vicentinho. Como en el resto de la industria, la mano de obra es inmigrante, fundamentalmente procedente de la región del nordeste. En el área industrial que rodea S. Paulo habitan 8 millones de nordestinos. Durante ese periodo (años 70) se produce una gran concentración de capital y de población que conforman el Gran Sao Paulo, compuesto por una serie de ciudades que crecieron con la industria. También hubo inversiones en otras regiones, como las de Fiat en Minas Gerais o en la región periférica de Belo Horizonte, donde aparecieron movimientos de contestación sindical muy importantes en la industria metalúrgica, la mayor parte de propiedad pública.

- Uno de los aspectos que más llama la atención de Brasil, junto con la elevada deuda externa, es el de la inflación galopante, utilizado como mecanismo de empobrecimiento de la población asalariada...

-Efectivamente, la inflación sirve como instrumento al Estado para empobrecer a la gente y concentrar la riqueza. Teóricamente el salario mínimo es de 100 dólares, pero al cabo del mes, cuando se va a cobrar, ha perdido su valor en un 30% o más debido a la inflación. Por otro lado, hay en la industria salarios de 60.000 dólares para los altos ejecutivos de las multinacionales, que también se ven afectados por la inflación, que viene a ser de 1.600% anual.

Todo ello ocasiona un proceso de empobrecimiento acelerado y vertical. Cada día el poder adquisitivo es menor. Incluso la clase media se empobrece y en la actualidad existen 40.000.000 de personas con un nivel de ingresos por debajo del umbral de pobreza, sobre una población de 140 millones. Incluso un sociólogo oficial ha acuñado el absurdo concepto de miseria absoluta –¿acaso existe la miseria relativa?– para definir el estado material de esa parte de la población. Sobrevivir en Brasil es casi un milagro. De los 80 dólares del sueldo mínimo mensual, por ejemplo, el 8% va a la Seguridad Social, que está en plena bancarrota; si además se paga el transporte colectivo no queda más que para un panecillo y un café con leche al día.

Por lo demás, el Estado es el primer especulador con la inflación. Gana con ella porque aplaza todos los pagos sin tener en cuenta el diferencial de inflación; por contra, todo lo que recibe lo corrige diariamente. El Estado hace frente a su déficit permanente mediante la emisión de bonos que, a su vez, sirven para que se lucren con beneficios asombrosos los grandes bancos, adonde acude la gente a colocar sus salarios, mediante la adquisición de bonos, con el fin de perder el menor poder adquisitivo posible por efecto de la inflación. Cuando esto no es suficiente, entonces se recurre a crear nuevos impuestos que engrosan las arcas del Estado. Nos gustaría ver en Brasil la realización de la ideología neoliberal, para ver cómo se las arreglaría la burguesía sin el estado protector, al igual que en el resto de América Latina. El intervencionismo estatal llega incluso al punto inconcebible en Europa de establecer en la Constitución una reserva de mercado para la informática.

- ¿Podría explicar cómo se conjuga este intervencionismo estatal con los intereses de las empresas internacionales?

Los intereses de ambos se complementan fácilmente. Es el Estado el mediador de los intereses del capital internacional y de los intereses de las empresas extranjeras en Brasil por medio del pago de comisiones, dentro de la cadena de corrupción existente. Además, las multinacionales llegan a financiar las candidaturas políticas de algunos diputados para que una vez elegidos favorezcan la promulgación de leyes en función de sus intereses específicos. Por ejemplo, la candidatura del prefecto de Sao Paulo ha estado apoyada por los grandes grupos empresariales con intereses en las obras públicas y la construcción civil.

- ¿Cuál es la respuesta de la población más desfavorecida ante una situación como la que acabáis de describir?

-En muchas poblaciones cada semana se suceden varios saqueos de supermercados. Antes eran noticia, pero ahora se han generalizado tanto que la prensa ya no se hace eco de ellos. Incluso se ha llegado al punto de que el presidente de una confederación de campesinos ha pedido públicamente sistematizar los saqueos; en fin, casi legalizarlos para que sirvan como una especie de válvula de escape a esta situación de miseria. El Gobierno, a su vez, deja que miles de toneladas de cereales se pudran en los almacenes estatales por mera corrupción.

- ¿Y la respuesta a los saqueos...?

-Una exigencia de mayor aparato policial que se traduce en la militarización de la vida civil. Los propietarios exigen cada vez más policías privadas. Así, los dispositivos de seguridad de las empresas privadas cuentan con un contingente mayor que la policía estatal; pero existe consenso entre unos y otros.

- ¿Cómo ven los partidos de izquierda el tema de la privatización de las empresas públicas?

-El proceso de privatización de las empresas públicas tiene una curiosa repercusión sobre la izquierda, a pesar de que la característica más relevante del sector público sea la corrupción. La izquierda se opone a la privatización. En realidad, una parte de las acciones de las empresas pertenecen a los fondos invertidos por los sindicatos o los trabajadores e incluso por institutos gubernamentales que continúan de esa manera teniendo una influencia en la empresa privatizada, lo cual favorece también los intereses de los capitales multinacionales, que se benefician de las comandas provenientes de las empresas bajo control estatal o en su esfera de influencia, como es el caso del capital alemán en la industria nuclear. Además, la mayor parte de los simpatizantes de los partidos de izquierda, incluido el PT de Lula, son funcionarios.

- Nos llama la atención que vosotros propugnéis la privatización, pero ¿en qué medida contribuiría a mejorar la situación de la clase trabajadora?

-A nuestro modo de ver la lucha contra el capital cuando la empresa está en manos privadas es más fácil que cuando es de propiedad estatal, porque en ese caso la disciplina militar impide cualquier movilización. Incluso cuando se producen movilizaciones se saldan con una dura represión y hasta con muertos, como fue el caso de Volta Redonda hace tres años, donde el ejército invadió la fábrica ocupada por los trabajadores y arrojó a algunos obreros a la caldera.

- Más concretamente, ¿cuál es la posición del Partido Trabalhista (PT) respecto a la privatización?

- El error del PT es no reconocer que la configuración del Estado en Brasil es perjudicial para el trabajador porque ha sido el estado quien ha favorecido la creación de la burguesía. El PT, además, por estar ligado a concepciones estatistas cree que es posible corregir los males del Estado; sigue una política de moralización del Estado. Y esta es una concepción muy cristiana también, que explica el apoyo obtenido por parte de las comunidades de base. Si bien el PT es fundamentalmente socialdemócrata, también entronca con la tradición del socialismo autoritario, y eso es especialmente peligroso. Nosotros rechazamos su planteamiento en la medida que ha contribuido a crear un liderazgo de tipo carismático en torno a Lula; un liderazgo de raíz autoritaria y que en la tradición latinoamericana siempre ha tenido connotaciones fascizantes. No obstante, el PT es un organismo heterogéneo y contradictorio, donde existen corrientes absolutamente estalinistas e incluso ciertas expresiones antiautoritarias.

- ¿Qué papel ha jugado Collor de Melo y su discurso modernizador y anticorrupción?

-La corrupción en Brasil es un proceso secular. La base de sustentación del Estado es la agricultura subvencionada. Es el Estado quien compra los cereales. Además, el régimen de propiedad de la tierra se articula en torno a grandes latifundistas con explotaciones de monocultivo. El 80% del territorio brasileño está en manos del 8% de la población; y hay propietarios individuales que poseen extensiones de tierra equivalentes a la superficie de España. La elección de Collor de Melo venía a ser algo así como la sanción del discurso de la liberalización

económica. Era un perfecto desconocido, aunque provenía de una familia muy influyente que se había enfrentado a algunas fracciones de la burguesía brasileña por intereses personales. En torno a él se aglutinaba el discurso neoliberal calcado de Thatcher. Una parte de la clase media de las mayores concentraciones urbanas y algunos intelectuales vieron en su elección la oportunidad para iniciar una desestatización de la economía y la búsqueda de nuevas oportunidades de negocio.

La confrontación fue con Lula y el PT. El resultado fue muy igualado, pero a Collor le faltaba una estructura de partido fuerte, como tuvo Thatcher en Gran Bretaña, por eso cayó. Por eso y también porque se vio envuelto en la trampa de su propio discurso contra la corrupción, al encontrarse él mismo implicado en el entramado general de corrupción que conforma el estado brasileño. Con todo, la idea de privatización era solamente eso, una idea, pues la realidad es que ni el capital internacional está interesado en adquirir empresas improductivas y endeudadas, y además cargadas de funcionarios incompetentes, ni el Estado está interesado en poner en peligro su propia base social, constituida por una masa enorme de funcionarios que se estructuran de acuerdo a una escala de corrupción desde la cúpula burocrática hasta el pequeño funcionario. Por ejemplo, hay funcionarios que cobran diez, quince y veinte sueldos de otros tantos empleos fantasmas. Por eso decimos que Brasil, como la ex URSS, son dos caras de la misma moneda del sistema de corrupción burocrática del Estado. Otro ejemplo, por cada autobús que circula de la empresa municipal de transporte de S. Paulo hay 58 funcionarios en la empresa. Cuando el PT estuvo en la Administración tampoco hizo nada para evitarlo. De hecho, la burocracia estatal absorbe la mayor parte de la población activa de Brasil.

- Hay que entender, pues, que la concesión de prebendas a la burocracia sirve como elemento legitimador del statu quo social y también como factor de estabilización de la población asalariada, ¿pero qué ocurre con los trabajadores industriales?

- La industria brasileña tiene un alto grado de modernización en lo que se refiere a la automatización de sus procesos productivos. Los salarios en la industria son los más altos, aunque la absorción de mano de obra es cada vez menor. Ford, por ejemplo, cuenta con una fábrica en S. Paulo totalmente robotizada, al mismo nivel de las plantas de fabricación de los Estados Unidos. Por otra parte, desde hace unos años, se está dando una tendencia hacia la convergencia de sindicatos (obreros sindicatos), burocracia estatal y empresarios privados en el sentido de constituir una especie de gestión corporativa.

- ¿Cuál es la influencia real de los sindicatos entre la clase trabajadora?

-El nivel de afiliación es bajo, aunque existe una cotización obligatoria para todos los trabajadores. Los presidentes de los sindicatos cobran salarios muy altos y sus cargos son prácticamente vitalicios, si bien hay pequeños sindicatos en los que su situación es diferente. Si nos fijamos en el sector metalúrgico de Sao Paulo, con un nivel de empleo entre 600.000 y 700.000 trabajadores, unos 40.000 están afiliados y los que participan en las movilizaciones son unos 2.000. Ahora bien, cuando el sindicato convoca una acción, entonces la mayoría responde porque los sindicatos en cuanto gestores de la mano de obra en ese aspecto son eficientes.

- El sindicalismo brasileño actual, como el conjunto del sistema político, es heredero de la Dictadura, pero remontándonos en el pasado, ¿podríais explicarnos cuál ha sido la evolución del movimiento obrero desde sus orígenes hasta hoy?

-El movimiento obrero en Brasil empezó anarquista, a principios de siglo, para devenir reaccionario. El movimiento anarquista fue fundamental en la historia de la clase obrera brasileña. Los inmigrantes llegados de España, Italia, etc., fueron los principales activistas que hicieron posible la huelga de 1917; además de forzar al Estado a introducir leyes reguladoras del trabajo de los niños, mujeres, etc. A partir de la dictadura de Getulio Vargas hay un proceso de aniquilación del anarquismo y una creciente colisión de intereses entre el Estado y los sindicatos a la que también contribuyeron los comunistas.

El movimiento obrero en Brasil empieza con la gran ola migratoria europea, aunque ya hacia 1880 existían algunos núcleos anarquistas. Pero son los inmigrantes españoles, italianos, sobre todo, los que forjan las primeras organizaciones obreras a partir de asociaciones asistenciales de apoyo mutuo. A comienzos del siglo XX estas asociaciones asistenciales se transforman en organizaciones de resistencia que se estructuran en federaciones. En 1905 se fundan las federaciones obreras de Sao Paulo, Rio de Janeiro, etc., que serán las que den lugar a la constitución de los sindicatos. Así, en 1906, se funda la Confederación Obrera Brasileña (COB), adherida a la AIT, y en el mismo congreso fundacional se adoptan otros acuerdos como el impulso de la reivindicación de la jornada de ocho horas. La primera huelga general, que fue duramente reprimida, se lleva a cabo precisamente en favor de la jornada laboral de ocho horas. También la prensa obrera jugó un papel muy importante; hacia 1930 existían 320 títulos de periódicos que se mantuvieron hasta 1950; de ellos, algunos, salían diariamente, como "A plebe". El segundo congreso de la COB se lleva a cabo en 1913, momento en que se profundiza en los contenidos libertarios de la misma. También allí existían distintas corrientes inspiradas más o menos directamente por el anarquismo (anarcocomunistas, anarcosindicalistas, etc.), pero en la práctica esas diferencias no tenían ninguna importancia. De hecho, el movimiento anarquista y el movimiento obrero eran una misma cosa.

- La gran huelga del 17

- Una referencia inexcusable de la historia del movimiento obrero brasileño es la Huelga General de 1917. Durante la misma existía un Comité de Defensa Proletaria, formado por militantes de todas las tendencias. De los 400.000 habitantes que tenía Sao Paulo en esa fecha, más de la mitad de la población participó en la huelga. La represión supuso unos 400 muertos y las movilizaciones se extendieron por todo el territorio brasileño, aunque de forma intermitente. De la magnitud de la misma da testimonio Gigi Damiani, que formaba parte del Comité de Defensa y sería expulsado de Brasil posteriormente, cuando dice que si se hubiera producido una coordinación y simultaneidad de todas las movilizaciones efectuadas en las principales ciudades brasileñas la revolución social hubiera tenido lugar en Brasil antes que en Rusia. A partir de esa experiencia comienzan a proliferar las organizaciones obreras, y desde el Estado se inicia una fuerte reacción represiva. Se dictaron leyes contra los inmigrantes que participaran en las huelgas y se abrió un campo de concentración a donde enviaron a más de mil militantes. Puede decirse que todas las conquistas que luego se materializaron en leyes fueron arrancadas por las luchas de ese periodo del movimiento obrero anarcosindicalista.

A partir de los años 30 comienza el periodo de decadencia del movimiento obrero. Sin embargo, aún conserva una relativa fuerza, como lo prueba el enfrentamiento que tuvo lugar con el movimiento fascista llamado de los Integralistas. Estos quisieron imitar la marcha sobre Roma de Mussolini convocando una concentración en Sao Paulo el cuatro de octubre de 1934. Los anarquistas convocaron un acto en el mismo lugar y los fascistas fueron recibidos a tiros. A pesar del reflujo que ya se vivía en esa época, la federación obrera de S. Paulo, anarcosindicalista, tenía 80 sindicatos, mientras que el Partido Comunista, según datos del propio partido, contaba con 1.000 militantes en todo Brasil. En 1935 hubo una intentona comunista de hacer una revolución armada que ocasionó una fuerte oleada represiva hasta que en 1937 se instaura la dictadura de Getulio Vargas y comienza

el periodo de clandestinidad. De todos modos, el principal factor de la decadencia del movimiento anarcosindicalista hay que buscarlo en la represión, que coincide con una coyuntura histórica de dictaduras en diversos países (Italia, Rusia, Alemania. España).

A la caída de la dictadura en 1945 comienza la reorganización del movimiento, pero ya no recobra el impulso que tuvo precedentemente, quizás por alguna razón intrínseca al propio movimiento éste no fue capaz de hacer frente a las nuevas condiciones. Durante esos años actuamos como corriente anarquista dentro de los sindicatos hasta que llegó la dictadura militar y una nueva fase represiva. Cuando comienza una relativa liberalización aprovechamos para reorganizarnos a través de encuentros y del establecimiento de contactos con otros grupos. En Bahía apareció el primer periódico anarcosindicalista, en 1972, y enseguida (1973) comenzaron las grandes huelgas del sector del automóvil. Participamos en esas luchas en las que la organización de Lula era muy horizontal, bastante distinta de lo que es ahora. Participamos también como oposición a los sindicatos oficiales que continúan estando imbuidos por los principios de la legislación fascista. Esta estructura sindical aún se mantiene actualmente, de manera que los sindicatos son como empresas y se da la circunstancia de que ha habido huelgas de los empleados de los sindicatos contra sus propios patronos sindicales para mejorar sus salarios. Debido a la inflación, las huelgas salariales son diarias, siempre hay algún sector de actividad en huelga. Actualmente existen numerosos grupos autónomos anarquistas que se están organizando. Es curioso, pero muchos de ellos no tienen ningún vínculo con el pasado. De todos modos, existen dificultades materiales para establecer los contactos directos entre nosotros. Baste decir que los desplazamientos son de varios miles de kilómetros y que un pasaje de avión para ir al norte de Brasil es más caro que el de un viaje a España.

Por otro lado, la mayoría de los simpatizantes del Partido Trabalhista de Lula son funcionarios públicos, eso explica su programa de moralización del Estado. Incluso en las ciudades donde surgió el PT., es decir, donde se concentra la industria automovilística, perdieron las elecciones. De hecho, en los años 80 las huelgas han invertido la tendencia de las huelgas de los años 70, donde prevalecían los movimientos de base. Ahora se tiende hacia la modernización del sindicato corporativo. Por eso decimos que el movimiento obrero, que comenzó siendo anarquista, actualmente ha devenido reaccionario.

Distrito Federal - Oaxaca - Distrito Federal (*)

Contra las recomendaciones de nuestros amigos mexicanos: de persistir en querer hacer el viaje en tren podía pasarnos cualquier cosa, desde descarrilar y no llegar, hasta llegar dos días después, aparte de los infortunios varios de las horas pasadas en un vagón repleto..., allí estábamos, a las cinco de la tarde de un día de julio, en la estación central de los ferrocarriles, dos horas antes de la salida del oaxaqueño. Según lo

consignado sobre el papel, y corroborado al final como cierto, el pequeño tren tirado por una máquina ya obsoleta en USA, cubría en 15 horas el recorrido de unos 600 kms. a un precio bajo respecto a otro medio de transporte, aunque aún caro para la mayoría: 35 nuevos pesos con asiento reservado y 19 sin reserva (el salario mínimo es de 14 n. p/día).

La gente indígena que se agolpaba ante la puerta, cerrada, que daba acceso al andén (tendrían los boletos sin reserva), con montones de cajas, paquetes, bultos..., dejaba claramente entender la pobreza de aquel estado sureño, quizás el más pobre de un país rico con su población sumida en la pobreza:

Al empezar el último sexenio, en 1988, reconocía el gobierno que de una población de 81 millones, 42 estaban en la pobreza de los cuales 17 en la extrema pobreza (es decir gente que sólo se alimenta de maíz y frijoles). Hoy la situación, con 85 millones, ha empeorado. De 1980 a 1990 los salarios disminuyen en un 50 %; la cesta de la compra (los productos necesarios para la reproducción familiar) no es hoy accesible a los trabajadores que obtienen un ingreso menor a tres y medio salarios mínimos; del 80 al 90 aumenta también la población desocupada (estaba ocupada un 33% en el 80 y un 29% en el 90); en el mismo periodo disminuye en un 52% el gasto social.

Liquidado el estado de bienestar a la mexicana que tiene su apogeo por los años 70, la política económica modernizadora y neoliberal de los tecnócratas del MIT durante estos dos últimos sexenios, ha logrado reducir la inflación aumentando la miseria (aumentando la tasa de ganancia), haciendo a la mayoría pobre cada vez más pobre y a unos cuantos ricos cada vez más ricos (quizás 5 millones controlan el 80% de la riqueza; 30 familias controlan el 22% del PIB), y unas capas medias de unos 20 millones cada vez más en vías de proletarización.

A finales de los 70 termina el llamado desarrollo estabilizador (economía protegida, crecimiento económico, alzas salariales, descenso de la tasa de ganancia). El PIB deja de crecer. La burguesía empieza a cerrar filas en pro de la restitución de la tasa de ganancia, hasta llegar al pacto de 1982, pacto político no firmado, pero aceptado por todos, que marca el inicio del fin del "Estado de Bienestar". A partir del 82 se produce un constante descenso de salarios y del gasto social. El pacto del 82 se explicita posteriormente en 1987 con el Pacto de Solidaridad Económica (PSE) y el Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE), cuyo objetivo es recuperar la tasa de ganancia de los capitales, abatiendo la inflación, congelando precios, salarios y gasto público, es decir, impulsando la racionalidad capitalista: desarrollo del capital, no ya el nacional sino el que tenga mayor capacidad de reproducción. La disminución del gasto público se manifestará especialmente en Sanidad y Enseñanza. Las dos ramas de la sanidad pública, para obreros y para funcionarios, está obsoleta (aparte de las intervenciones importantes en los grandes hospitales): las capas medias pagan la medicina privada y los ricos van directamente a USA. Lo mismo sucede en la enseñanza: del 80 al 90 aumenta la población sin instrucción, disminuyendo el gasto en educación el 52%.

Anochece al dejar atrás el DF, el gran México, los cerros de miseria bajando hasta las vías. Una luna llena da un aire sombrío a esta ciudad cuya demografía es por sí sola reveladora: una alta natalidad combinada con una reducción de la mortalidad y una muy importante inmigración, hacen pasar a una población de escasamente 2 millones de habitantes en 1940 a los 20 millones actuales, con una población eminentemente joven (en 1990 el 35% eran menores de .15 años). La mancha urbana crece diariamente con gente que llega de fuera y del mismo centro de la ciudad, que empieza a expulsar a su población más joven, debido al encarecimiento de la vivienda.

Y, sorprendentemente, esta masa humana no se colapsa; se desplaza (con los peseros –microbuses que al principio costaban un peso–, con sus 160 kms. de un servicio de Metro muy moderno –es del 68–, en sus propios autos que aumentan una polución ya extrema y que, siguiendo la lógica del efecto perverso, han aumentado después de la consigna ecológica de no circular un día a la semana, al comprar la familia un segundo coche para garantizar su uso diario...); funciona; bulle; intercambia (es enorme la aglomeración de vendedores ambulantes: en 1993 hay tantos puestos de comercio organizado –50.000– como de comercio ilegal, la patética presencia de los niños –más de 3 millones de niños de la calle–...); intenta evitar la mordida (continúa extorsión por parte de los cuerpos policiales –hay de todos los colores– que pueden llegar a robar la paga de los obreros al salir del metro simulando tener noticia de un atraco; la mitad de los delitos cometidos lo son por policías en servicio o inactivos...); vive; lucha y se organiza.

Hoy hay un movimiento cívico autónomo en expansión que se manifiesta en la lucha por la vivienda, en el rescate de sus barrios... Este movimiento tiene continuidad con el que se dio en el 85 con el terremoto, o en el 88 con las elecciones, o en el 92 con el plebiscito para la reforma del DF (hacerlo el estado 32 y elegir regente y diputados) que contra la presión unánime de los media consiguió más de trescientos mil votos, movilizando doce mil voluntarios.

Entrada ya la noche, el silencio que empieza a adueñarse de nuestro vagón es turbado por el frenético trajín que irrumpe del vagón de enfrente: el subir y bajar en cada pequeña estación de cuatro caseríos; el trasiego de los vendedores de tamales, tortillas, pulque,...; el amontonarse de nuevo indios y paquetes: indios que aguantan unas condiciones de viaje increíbles, viejos, mujeres, niñas y niños en el suelo entre bolsas y fardos, de la misma forma que aguantan las condiciones de vida. Aguantan y aguantan... pero también pueden rebelarse y entonces escriben aquellas páginas inolvidables de “la rebelión de los colgados” como nos explica Traven, o del zapatismo en Morelos, o de la insurrección magonista en Baja California. (B. TRAVEN, “La rebelión de los colgados”; JOHN KENNETH TURNER: “México Bárbaro”; EMILIANO ZAPATA: “Leyes y decretos”, “Manifiestos”, “Cartas”. RICARDO FLORES MAGON: “Epistolario revolucionario e íntimo”).

Al amanecer, un paisaje increíble de bosques de nopal, cactus, maguey... nos

aproxima al sur selvático. El tren serpentea dentro del valle, al borde del río, uno de los escasos ríos de México, país sin grandes ríos salvo el mortalmente fronterizo con Estados Unidos (decenas de muertos al mes).

Llegamos a Oaxaca: otra vez la cola de los que aguantan y aguantan... esperando sacar los boletos para DF. Nos sorprende el colorido de la diversidad: zapotecos, mixtecos, mazatecos, mixes, chinantecos, huaves, zoques, ixcatecos,... quince grupos lingüísticos, uno de ellos, el zapoteco, hablado por más de trescientos mil indios, la tercera lengua de México; la exuberancia de sus mercados, colores, olores, comidas: el mole que puede tener hasta sesenta especies, los tamales, la carne enchilada, los caldos de res, los chapulines...; la profundidad de su mezcal, la destilación oaxaqueña del maguey, que inevitablemente nos evoca al cónsul Firmin y su discurso delirante en Cuernavaca bajo el volcán; la riqueza de su artesanía, cerámica verde y negra, los tejidos de Teotitlán del Valle..., la pobreza de sus gentes... alimentados apenas con maíz, frijoles y calabaza.

En una de sus colinas cercanas, las ruinas de Monte Albán, capital de los zapotecas desde el año 500 a. c. hasta el 750 d.c. cuando tenía 25.000 habitantes en una extensión de 6 kms². Pirámides, templos, dioses, sacrificios... monumento de la civilización o de la barbarie. Barbarie sólo superada por la de los conquistadores.

Hoy Oaxaca es uno de los estados más pobres de México... parece que sus gentes aguantan y aguantan... pero de allí salieron las primeras ideas libertarias del México moderno: de Teotitlán del Camino es Ricardo Flores Magón (1874), que desde el periódico “Regeneración” combate contra las condiciones existentes durante el porfiriato, expandiendo las ideas anarquistas: “derramar sangre para llevar al poder a otro bandido que oprima al pueblo, es un crimen; y esto será lo que suceda si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar a un nuevo gobernante”, promotor de la insurrección en la Baja California (1912) donde durante cinco meses se instauran formas de organización social antiautoritarias, asesinado en la penitenciaría de Kansas en 1922.

Salimos de Oaxaca, también a las siete de la tarde, tres días después, en el tren hacia DF. El viaje de vuelta quizás más duro, peores condiciones de viaje, más miseria... y el mismo aguantar de la gente... hasta que poco a poco no puedes acallar la pregunta: la revolución mexicana, ¿para qué? aquellos batallones de insurrectos con Villa al norte, con Zapata en el sur repartiendo tierras... todo se cerró con Obregón —con el gran pacto que instaura la divisa: nadie resiste un cañonazo de 50 mil pesos—, con el PRI institucionalizando la revolución?

El PRI, 65 años en el poder, dictadura perfecta que puede digerir todo: heredero de la revolución, heredero del 1968..., renovándose de arriba a abajo cada seis años... Tiene en su poder dos tercios de la Cámara, todas las gobernaturas estatales, casi la totalidad del Senado. Pero no hay mal que cien años dure... y quizás estemos en los últimos años del priismo: el primer detonador importante, las elecciones del 88 que dan la victoria a la oposición pero que, de manera fraudulenta, entronizan a Carlos Salinas de

Gortari.

Cuando Miguel de la Madrid decide nombrar para el periodo 1988-94 a Salinas, la corriente democrática del PRI sale del partido y, junto a los socialistas y comunistas del PMS, avanzan un Frente encabezado por Cuauhtémoc, hijo de Cárdenas, el presidente del milagro mexicano hasta los años 40, el que recibe a nuestros republicanos, el que recibe a Trotski..., y gana, pero la Cámara decide quemar las papeletas.

Despacio, el tren avanza. Durante toda la noche continua el trasiego de gentes y mercancías. Amanecemos en Guerreros, camino de Puebla, fascinados por los volcanes inmensos: el Popo y la Mujer dormida, el Ixtaccihuatl. Fascinados también por los volcanes, coincidimos en la plataforma con dos jóvenes punks, skin heads libertarios, que nos hablan de sus vidas y de sus grupos, de sus fanzines y de su música...; conocen los textos clásicos anarquistas, el anarquismo en España durante la revolución, fanzines y grupos actuales de Bilbao, Barcelona... Nos invitan a pulke, otra destilación del maguey, muy poco alcohólica, el refresco normal familiar en cualquier ocasión. Hablan de una sociedad muy conformista, de gente que aguanta y no se rebela; de sus dificultades en encontrar espacios para vivir; de acciones puntuales ante acontecimientos concretos: durante la celebración del V Centenario cayeron las estatuas de Colón en Chiapas y en Oaxaca y estuvo en apuros la de DF...

Son las 9 de la mañana, el oaxaqueño llega puntualmente a la estación central. De nuevo en el DF: su bullir, su frenético trajín de autos, gentes, mercancías... Pasamos por el Zócalo: las acampadas de la protesta, muchas veces ritual, pero a veces radical, directa, como ahora con la acampada de los petroleros a la vez contra el sindicato y la empresa, ocupando y reteniendo al personal de todo el edificio de Pemex durante 8 horas y volviendo al Zócalo aun con orden de desalojo. Por más que el gobierno de Salinas intente la concertación siempre saltan luchas directas de confrontación, como ahora la de Ford Cuautitlán: ante la propuesta de 1.500 despidos, el comité elegido en la base convoca huelga. La cúpide del sindicato automotriz (de la CTM) revoca en fraudulenta asamblea a dicho comité y se autoerige en solo interlocutor con la dirección empresarial. Vieja historia del sindicalismo mexicano: integración, burocratización, represión (plomo o plata) de los movimientos más autónomos o de acción directa.

Primero con Carranza, en los años 20, que logra integrar La Casa del Obrero Mundial, de tendencia anarcosindicalista, formando los Batallones Rojos, sindicalistas que irán a engrosar las tropas carrancistas, y con Obregón que crea en 1918 la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), una burocracia al servicio del Estado. Después, en los años 30 con la CTM, la poderosa central aún hoy, ligada en su cúspide al Estado del que saca su cuota de poder político y económico, con una corrupción sólo comparable a la del Estado. En los años 70 irrumpe con fuerza un sindicalismo de confrontación –insurgencia sindical compuesta por la Tendencia Democrática (TD)

del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), por las secciones sindicales de base de las grandes empresas de punta (automotriz...) y por el Frente Auténtico del Trabajo (FAT) implantado en la pequeña y mediana empresa— basado en la democracia fabril y en la acción directa, que es vencido duramente por la represión.

Derrotado el movimiento obrero puede imponerse la reconversión industrial durante el sexenio de M. de la Madrid: flexibilización, desmantelamiento industrial, ataque al anterior marco jurídico laboral. Salinas va a continuar este proceso, Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE), para el que necesita concertación sindical, imposición del acuerdo sobre la huelga, reforma de la Ley Federal del Trabajo. Con ello se enfrenta a la CTM reacia a perder con esto su cuota de poder, e intenta crear un nuevo sindicalismo que asuma claramente la lógica productivista empresarial, dejando a la empresa el control del proceso productivo (flexibilidad) a cambio de mantener el empleo: camino seguido por los telefonistas y por los electricistas y que da pie a la fundación de la Federación de Sindicatos de Empresa y Servicios (FESEBES). Pero a la vez tiene aún necesidad de la CTM como acaba de demostrar el caso actual de la Ford C.

Parece que en México se agota una fórmula de pacto social y de estado corporativista (PRI-CTM). El mismo Salinas habla de reformar el Estado que nace con la revolución. La racionalidad del capital tiende a imponerse. Las medidas que el Banco Mundial —a la vista del bajo crecimiento del PNB, de la baja productividad, del bajo ahorro privado y del alto déficit— avanza: la depreciación real de la moneda para estimular el crecimiento y reducir el déficit y la modernización de la infraestructura, exigen una cuota económica que quizás la política no puede conceder sin peligro de desestabilización social.

Salinas intenta recuperar la legitimidad, perdida por el fraude electoral del 88, con el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) y con la aprobación del Tratado de Libre Comercio con USA y Canadá (TLC).

El PRONASOL pone a trabajar a la gente más pobre en sus mismos barrios y aldeas en tareas de pavimentación, drenaje, alumbrado, llevar agua potable... como si trabajaran para su propio beneficio cuando lo que están haciendo es modernizar la infraestructura necesaria para la reproducción de la mano de obra, aparte de la propaganda electoral en favor del PRI.

El TLC persigue beneficiarse de esta mano de obra barata (diez veces inferior a la estadounidense) por parte del capital transnacional estadounidense, a la vez que con el tratado levanta un muro de protección contra los capitales europeos y asiáticos. Pero este tratado es rechazado por los sindicatos estadounidenses que ven peligrar sus puestos de trabajo ante una mano de obra tan barata, y por la CTM que ve recortar su cuota de poder ante el nuevo tipo fabril, la nueva organización del trabajo que tal tratado facilita: la Ford de Chihuahua y la de Hermosillo funcionan ya sin convenios colectivos ni sindicatos; lo mismo toda la industria maquiladora a lo largo de la

frontera con USA, donde se trabaja en las peores condiciones y por casi el salario mínimo.

La industria maquiladora, industria de ensamblaje (básicamente componentes electrónicos) que no necesita una mano de obra tecnificada, se desarrolla a partir de la entrada en vigor del estatuto de zonas francas en 1965 y se expande a lo largo de toda la frontera (El Paso y Ciudad Juárez, San Diego y Tijuana...). Su importancia es patente: en el periodo 1980-90 realiza del 18 al 28% de las exportaciones industriales y crea la mitad de todos los empleos que se crean en México durante el mismo periodo. En las maquilas la mano de obra es básicamente femenina y el salario medio es la mitad del salario medio industrial.

¿La maquiladorización de la industria mexicana, podrá hacerse sin grandes alteraciones sociales? Estos diez últimos años avalan tal hipótesis, pero la historia tiene más años.

Barcelona, septiembre 93

(*) NOTAS a partir de conversaciones y lecturas de prensa, especialmente EL COTIDIANO

Noticias de Portugal

Portugal se distingue por una situación de crisis endémica que persiste desde hace vanos siglos. Su incapacidad para estructurarse sobre una base de desarrollo y de crecimiento endógeno perdura desde el siglo XIV. Con la formación del imperio colonial, Lisboa se transformó en una metrópoli dilapidadora de un expolio envidiable y Portugal solucionaba sus contradicciones internas, pillando y derrochando los recursos humanos y materiales de sus colonias. Para superar sus insuficiencias estructurales de desarrollo interno, recorrió primero al mercado de las especies de Oriente, después a los esclavos de África, más tarde al oro del Brasil, hacia finales del siglo XIX y hasta la década de los sesenta a los emigrantes, actualmente al nuevo el dorado representado por la C.E.E.

Al enunciar muy someramente la crisis estructural del sistema capitalista en Portugal, que persiste hace varios siglos, nos interesa describir los aspectos más relevantes de las manifestaciones de esta crisis.

La integración de Portugal en la C.E.E. se da de forma dual. Si por un lado con los

millones de contos provenientes de diferentes fondos estructurales (FEOGA, FEDER, FSE, PEDIP, etc...) Portugal ha gozado de una inversión inaudita con sustantivas repercusiones en el desarrollo de infraestructuras, equipamientos colectivos y en formación profesional. Por otro lado se asiste al derroche improductivo de estos fondos en la creación y desarrollo corporizados en formas de corrupción y clientelismo sustentados por el compadreo político. Si es cierto que la subida y el reflujo de las actividades económicas, el desarrollo de las infraestructuras y equipamientos colectivos potencian estructuralmente la capacidad del sistema productivo portugués e internacional, no es menos verdad que la formación profesional suministrada no consiguió sus objetivos cruciales: la formación de los recursos humanos para crear las condiciones de una mano de obra cualificada y polivalente, funcional y eficaz en el ámbito de las empresas.

Portugal tampoco escapa a las vicisitudes de la crisis del sistema capitalista a nivel mundial. En este aspecto se asiste a la emergencia histórica de la "3ª revolución industrial" fundamentada en el desarrollo galopante del sector terciario, en detrimento progresivo del sector industrial y, también, en la reducción drástica del sector agrícola. Conjugando esa evolución de los sectores básicos de la actividad económica con la innovación y cambio tecnológico, el espectro estructural de la crisis de la sociedad portuguesa asume características singulares y universales.

En primer lugar, debemos referirnos al aumento progresivo de la tasa de desempleo. Las estadísticas oficiales (Instituto Nacional de Estadística) no son pródigas en ofrecer información idónea a este respecto. No obstante, ya admiten que la tasa de desempleo oscila en torno al 8% y con tendencia a aumentar en los próximos meses. Este desempleo proviene básicamente del sector industrial en crisis: metalurgia, construcción naval, siderurgia, textil, calzado, industria del automóvil, etc. El sector de los transportes así como la agricultura y la pesca están también en una situación que crea desempleo.

Este desempleo proviene de las insuficiencias estructurales de las empresas portuguesas y de la crisis por la que atraviesan las multinacionales asentadas en Portugal. En el caso portugués se vuelve cada vez más difícil competir en el mercado nacional e internacional en base a una estrategia empresarial polarizada en torno a los bajos costos salariales. Ese triunfo estratégico tiene una mayor instrumentalidad competitiva en la región asiática (Corea del Sur, Singapur, Tailandia, China, Taiwan, etc..) que en el sur de Europa. Al perder el monopolio del triunfo estratégico por su estructura de costos, a las empresas portuguesas les falta la capacidad y posibilidad de mejorar los recursos humanos en sus aspectos más relevantes: cualificación y polivalencia socio-profesional. Los modelos de gestión están obsoletos, primando por modelos organizativos de tipo burocrático y autoritario en los que las nociones elementales del *tailorismo* y del *fordismo* ni siquiera son correctamente comprendidas. Ante este cuadro, los trabajadores que van a parar al paro se ven abocados a unas condiciones de vida muy precarias, cayendo a veces en situaciones de desespero. Se

hace difícil pensar la creación de movimientos sociales de revuelta en contra del paro. La burocratización de los sindicatos y su manifiesta incapacidad para movilizar a los trabajadores en paro muestra también la falacia de los sistemas de representación formal. A falta de un proyecto alternativo capaz de dar cuerpo a la lucha de los parados, asistimos a manifestaciones esporádicas de descontento por las situaciones vividas, pero no se “ve la luz en el fondo del túnel”.

Los ejemplos de las luchas de los pescadores de Peniche, Sesimbra, Matosinhos, etc., es esclarecedor. Desesperados por la competencia introducida por la llegada del pescado español a precios más bajos, se revuelven y manifiestan de forma violenta, pero ante el escudo invisible de una realidad que se les escapa (CEE), abandonan pronto la lucha. Los trabajadores de la industria textil, ante la evidencia de la incapacidad competitiva de las empresas del sector, se limitan a observar el cierre de las empresas al regresar de vacaciones y después hacen manifestaciones simbólicas convocadas por los sindicatos. Los trabajadores del sector de transportes, como acaba de acontecer con la TAP, se manifiestan violentamente contra la propuesta de la administración de despedir cerca de tres mil trabajadores y eliminar mejoras socio-económicas, pero ante la tutela estatal y la policía de choque se dan cuenta de lo inviable de sus reivindicaciones.

En segundo lugar, el fenómeno de la terciarización en Portugal está desarrollando un tipo de capitalismo cuya modernidad tiene implicaciones en la desestructuración del protagonismo del obrero clásico y en el propio contenido y formas de lucha de los movimientos sociales radicales que podrían emerger en la región portuguesa. La aplicación de las nuevas tecnologías de una forma competitiva es ya observable en el cuadro de la sociedad portuguesa, en el sector de las actividades terciarias (banca, seguros, medios de comunicación, servicios sociales y culturales) y en algunos sectores punta del sector industrial (electrónica, informática, etc.). Los modelos de gestión, así como las cualificaciones de los trabajadores se ajustan ya poco a las exigencias técnicas y a los procesos obreros de las nuevas tecnologías, lo que las vuelve no competitivas en el cuadro de una competencia mercantil de ámbito mundial.

Esta evolución de los sectores fundamentales de la actividad económica, no obsoletos, al provocar un cambio cualitativo y cuantitativo del sistema de las cualificaciones, repercute en la propia reestructuración del sistema de relaciones socioprofesionales y del sistema de relaciones industriales. En el caso de las primeras no podemos observar con la misma claridad las funciones de poder y liderazgo del “saber hacer” clásico en relación a las máquinas-herramienta, instrumentos de trabajo, materias primas del proceso de producción identificado con el proletariado en el ámbito de la segunda revolución industrial. Por un lado, su capacidad de descodificar y codificar las operaciones del proceso productivo disminuye substancialmente, en la medida que estas funciones pasan a ser integradas en los mecanismos internos de las nuevas metodologías. Las nuevas exigencias de cualificación del factor trabajo aumentarán para algunos grupos socioprofesionales, pero para el proletariado clásico, estas

exigencias disminuirán substancialmente. Ante esta realidad una parte entra en el paro, otra evoluciona hacia la descualificación y una parte reducida es reciclada para una mayor cualificación.

Teniendo presente la reestructuración antes explicada, la homogeneidad de la condición-función del proletariado clásico sufre una progresiva desintegración. Al mismo tiempo el desarrollo de grupos socio-profesionales mejor cualificados va a dar origen a la formación de una pluralidad de intereses e identidades de naturaleza corporativa. Este cuadro produce fisuras de comportamiento en el interior de las empresas, creando pasividades individuales y colectivas hasta el punto de condicionar cualquier tentativa de movimiento social radical.

En el campo del sistema de relaciones industriales, el papel del Estado, de los sindicatos y de las confederaciones patronales se reestructura profundamente. En este momento, asistimos al protagonismo cada vez más acentuado de la patronal y de las instituciones estatales. Los sindicatos ya no consiguen demostrar una función respetable para sus afiliados, tal es su inoperancia reivindicativa ante los convenios colectivos y ante la concertación social. La CGTP, que ideológicamente se identifica con el Partido Comunista Portugués, tiene no obstante una posición más conflictiva que la UGT ligada a los socialistas, no consiguiendo en la práctica valorizar sus posiciones reivindicativas. Ante esta situación la patronal la instrumentaliza a su favor consiguiendo adoptar estrategias que cuestionan muchos derechos adquiridos por los trabajadores. El colmo de esta situación se expresa en muchas empresas que se dan el lujo de no pagar los salarios durante varios meses y después de poco tiempo entran en suspensión de pagos con una facilidad extraordinaria. El Estado tutela todo esto con enorme eficacia. En este sentido, la política fiscal y los continuos auxilios financieros a las empresas en situación económica difíciles son una prueba de este tipo de tutela. En contrapartida, las subvenciones para los trabajadores son insignificantes, permitiéndoles solamente sobrevivir por debajo de las condiciones vitales mínimas. El Estado, ante la crisis de los sindicatos, se transforma en su tabla de salvación. En Portugal los fondos estructurales de la CEE para formación profesional son distribuidos por los sindicatos. Estos, a falta de un protagonismo efectivo por los trabajadores ven disminuir sus recursos económicos debido a la progresiva disminución de afiliación. Ante esto, la formación profesional y otros beneficios otorgados por el estado a los sindicatos les permiten no entrar en bancarrota.

Finalmente, ¿cuáles son los escenarios posibles para ultrapasar en Portugal este tipo de crisis analizada?

En ausencia de un movimiento social de características radicales, por las razones señaladas, no es previsible, próximamente, asistir a un protagonismo social de cambio y de transformación revolucionaria por parte de todos aquellos que se identifican con la lucha de los oprimidos y explotados. En este terreno, nada puede esperarse de positivo de los partidos y sindicatos, y al observar el estado de letargo de los grupos e individuos que defienden posiciones anarquistas y/o libertarias, nos vemos obligados

a pensar que con el actual panorama no es posible construir una alternativa revolucionaria creíble. En Portugal, los grupos anarquistas y/o libertarios se transforman en un grupo de sectas que actúan de manera sectaria y anti-dialogante. En la incapacidad de vivir en la diferencia teórica y práctica se aferran a la ortodoxia de los autores clásicos o se transforman en los campeones de la “revolución de palabra”, sin buscar los medios para alcanzar sus objetivos.

Este negativo panorama trazado sobre la sociedad portuguesa no debe ser interpretado como un fatalismo histórico. Yo soy de aquellos que piensan y actúan en una perspectiva de reversibilidad de las situaciones adversas. En este sentido, en lugar de llorar ante la crisis y ante el letargo de un movimiento social radical, hoy más que nunca, es imperante reflexionar y actuar para comprender la naturaleza de la evolución de la sociedad a nivel mundial y dialogar de forma tolerante y constructiva con todos aquellos que aspiran a la emancipación de la especie humana en una perspectiva libertaria y anarquista.

José María. Lisboa, noviembre 93.

Correspondencia

Desde BADALONA

No he tenido tiempo para escribir un artículo pero me siento identificado con la tesis de “Diez años” (ETCETERA 21, JUNIO 93,) que se resume en unas líneas: “Estos diez últimos años han sido ricos en acontecimientos, hasta el punto que cabe decir que se ha producido una aceleración histórica con el consiguiente cambio en la fisonomía del mundo”. No sé si mi reciente experiencia de no atreverme a escribir para no quedarme por detrás del mundo en continuo cambio podría resumirse en los siguientes puntos a desarrollar:

1.- Antes explicaba los conflictos internacionales mediante motivaciones geoestratégicas, mal conocidas, que yo ponía en conocimiento del público lector: la guerra y la proximidad a uno u otro sistema político-económico; países vecinos del bloque soviético (afganos, turcos...) vecinos de China (India, Vietnam); en los que hay minorías cuyos derechos no se reconocen (polisarios, sikhs, bereberes, drusos, kanakos, tamiles, animistas del Sudán del Sur, irlandeses, quebequenses, escoceses, flamencos, tibetanos, frentes de liberación de todo color (centro-americanos, afros, maluquenses del sur, los Mandela y Arafat...).

2.- Me fijaba en si los presidentes USA eran republicanos o demócratas: éstos han de demostrar su patriotismo con ataques al Vietnam, Cuba, guerra fría en general; a aquéllos no les hace falta demostrarlo y son los que envían Kissingers a pactar con China (ya sea en tiempos de Nixon o ahora perdonando Tien An Men) y acaban la guerra retirándose del Vietnam (como cuando De Gaulle se retiró de Argelia, lo que los gobiernos anteriores SFIO –con Mitterrand en el equipo de Guy Mollet– nunca osaron hacer), dan apoyo a Jomeinis y Ferdinandos Marcos, se reúnen con Gorbachov en Islandia, Malta, USA, y si hiciera falta en Moscú...

3.- La geoestrategia cambia de un día a otro: el muro de Berlín, el telón de acero; el sandinismo en el poder y el FMLN en el Salvador; el apartheid en Sudáfrica; la incompatibilidad Arafat-Israel: La pugna de los Kanaks contra la metrópoli francesa que destina la colonia a los experimentos nucleares denunciados por Green peace...

4.- Iba a recomendar la vía china hacia la economía de estado (primero riqueza económica en el campo o acumulación de capital y después revolución política democrática en la ciudad) a los soviéticos y su vía (revolución democrática sobreestructural falseada en la ciudad porque en el campo no hay manera de desarrollarla y hacer una verdadera acumulación de capital a nivel de infraestructura, fuerzas productivas y distribución). Pero no hay tiempo de desarrollar la tesis: aparece la dura represión de Tien An Men, la URSS de Gorbachov deviene la CEI de Yeltsin que borra la noción de soviético y se enfrenta por vías populistas a la alianza conservadora entre ex-comunistas, zaristas y nazis (como los serbios txétnics aliados al aparato comunista del ejército serbio...).

5.- Creía que la tecnología que necesita la CEI, visto que ni USA ni Alemania son capaces de poner al día la ex-URSS, vendría del Japón, pero éste prefiere reclamar las Kuriles y dedicarse a apoyar el dólar y extenderse por la zona del Pacífico Sur (Australia, Nueva Zelanda, la Polinesia,).

6.- Parecía que la reconciliación entre EFTA y CEE podría construir un superbloque europeo que entrara en la CEI a falta del Japón y de los USA que cargan con una década de gran déficit. Pero la crisis de Maastricht hace que la Europa grande no pueda dedicarse a remodelar la CEI poniendo al día su atrasada ideología, haciendo nuevos oleoductos permitiendo explotar los recursos de Siberia con un subsuelo muy rico. Todo va tan retrasado que los Chernobils o la desecación del mar Aral han resultado rápidos para los países capaces de haberlo resuelto (el bloque norteamericano, europeo y japonés, una trilateral preocupada solamente por el dilema entre el proteccionismo de los tres bloques a las normas del GATT).

Miniresumen de seis tesis que daban para seis extensos artículos que han quedado obsoletos antes de escribir una sola raya. La que estaba vigente antes de la Perestroika (motivaciones geoestratégicas, reaganismo y post-reaganismo...) ya no lo está ahora; comparar la vía económica china y la soviética ha perdido sentido (después de Tien An Men, y la CEI); Japón tiende hacia Corea, Taiwan, Hong Kong, Singapur; no se ve claro cual de los tres bloques de la Trilateral está más capacitado para remodelar la CEI. Vista tanta "aceleración histórica con cambio de la fisonomía del mundo" cualquiera se atreve a escribir un séptimo artículo profetizando hacia donde vamos (sería demasiado arriesgado).

Santi. Badalona, noviembre 93.

Desde BARCELONA

Viaje a Turquía

Al hablar de mi viaje a Turquía durante este verano, lo primero que habría que decir es que sólo he visitado una pequeña parte de ese extenso país. Concretamente Capadocia y Estambul y mis impresiones proceden básicamente de estos lugares.

La historia reciente de Turquía, la de este siglo, condiciona sobremanera la actual situación general. Daré cuatro pinceladas de ella para situarnos hoy. A principios de siglo todavía existía el sultán otomano como caudillo de lo que quedaba del Imperio. Ya había facciones políticas con opciones occidentalistas que pugnaban por conseguir el poder e instaurar una república. Entre 1918 y 1922 ocurre la disgregación del Imperio Otomano producido de las negociaciones con las fuerzas victoriosas de La I Guerra Mundial, y en 1923 se instaura La República de Turquía teniendo como presidente a Mustafa Kemal Atatürk, después de que este militar tomara la dirección del movimiento nacionalista y expulsase a kurdos, franceses, italianos y griegos. Este personaje, que permaneció en el poder hasta su muerte en 1938, es clave para entender algo de la actual Turquía.

Pensando en la importancia de su ubicación geográfica como puerta de entrada o salida del Próximo Oriente y de los países balcánicos, en la revolución rusa de 1917 y su zona de influencia, y en los intereses occidentales (europeos y de EE. UU) para sentirse protegidos en esa zona mediante un país aliado, Atatürk tomó claramente partido por esta opción occidental frente a la de convertirse en un país afroasiático y musulmán.

El cambio radical de la sociedad lo efectuó por medio de una dictadura “inteligente”: abolió el sultanato y a la vez propagó el sentimiento de identidad nacional, el orgullo de su raza y el importante papel asumido por los turcos en la historia universal.

Como su modelo de sociedad era el europeo, el mensaje nacionalista llevó implícito la sustitución de la lengua árabe por el turco y el alfabeto latino quedó como medio de expresión escrito. Separó inmediatamente el Estado de la religión y reemplazó la “Saria” por el código civil modelo europeo y las “medreses” (escuelas coránicas), por un único sistema de escuelas civiles controladas por el nuevo Estado.

Atatürk reemplazó el Islam por el nacionalismo y vendió el mensaje del modernismo como modelo que correspondía a la nueva Turquía. No quería que quedara rastro de la sociedad otomana (menos mal que no derribó su arquitectura), llegando a sustituir la vestimenta clásica y trasladar la capital de Estambul a Ankara como un signo del cambio de mentalidad.

Cambio que también llevaba aparejada la consigna de que el desarrollo del país dependía del trabajo de cada turco (da la impresión de que no han pasado los años: ayer y hoy la clase dirigente nos dice lo mismo en Turquía que en España).

Decía dictadura “inteligente” porque supo compaginar cierta tolerancia (no hubo turquización a problemas con los judíos y armenios, y con los kurdos jugó entre la integración y la represión), dejó que el islamismo ejerciera su papel exclusivamente religioso y a la vez impulsó innovaciones políticas radicales a la fuerza. Las reformas fueron ejecutadas desde arriba en nombre del pueblo pero sin su voluntad pues vendían la dictadura como una necesidad práctica.

Fue acabada la 2ª Guerra Mundial cuando se celebraron elecciones democráticas y con ese barniz se aumenta la influencia occidental en Turquía: en 1.947 llega la asistencia económica (Plan Marshall) y cómo no, militar, para contrarrestar la posible influencia rusa, produciéndose en la década de los 50 una rápida y poco planificada industrialización y un desarrollo prioritario de la agricultura y su mecanización. En 1960 un levantamiento militar derroca el régimen, hecho que se repetirá en 1.980. Actualmente Turquía es miembro de la OTAN y país asociado a la CEE.

Hasta aquí llega la ojeada histórica. Lo que yo he visto ha sido lo desgraciadamente clásico de muchos países y de las grandes ciudades: éxodo masivo desde el interior del país hacia Estambul en busca de una posible mejora de las condiciones de vida. Los turcos ya no pueden ir a Alemania u otros países y la emigración se produce en el interior, con el agravante de que también están llegando a esa ciudad cantidad importante de emigrantes rumanos, polacos, checos y rusos. El incremento continuo de población en Estambul (oficialmente 2 millones en 1960 y 7.5 millones en 1990) hace que crezcan los barrios periféricos y el chabolismo, el buscarse la vida como se pueda desde temprana edad, y empiezan a darse robos (básicamente tirones,) aunque aun a pequeña escala. Hasta hace poco esto no ocurría porque la represión policial es muy fuerte sobretodo con la vinculada al turismo. Quieren conservar esta fuente de entrada de divisas y no dudan en dar la razón al turista frente al turco en posibles altercados.

Otro factor importante para que hubiera pocos delitos era la práctica inexistencia de la droga. Se cree que hay un pacto entre Estado y traficantes para aceptar que Turquía sea solamente un lugar de paso, dada su situación geográfica, pero que no se quede ni un gramo de droga en el país. Este hecho parece romperse con el descontrol que produce la llegada masiva de emigrantes de países del Este que necesitan sobrevivir como sea.

Hay que calcular que la población actual de Estambul en la actualidad no baja de los 10 millones de habitantes, ocupando un territorio de 100 km de longitud y 50 de ancho, invadiendo las dos orillas del Bósforo y la costa del mar de Mármara.

Es una ciudad de contrastes. Exporta imagen de modernidad europea (acaba de solicitar los Juegos Olímpicos del año 2000) y en realidad ves formas industriales de principios de siglo: miles de personas trabajando en pequeños e insalubres talleres, muchos de ellos subterráneos, en penosas condiciones. La industria del calzado es casi manual y cada taller hace una pequeña parte del trabajo total. La confección textil es prácticamente igual, con muy poca

tecnificación y abundante mano de obra barata que trabaja en “cadena manual”. Cualquier rincón es un taller, cualquier habitación manufactura algo: Estambul es el reino de la producción masiva de mercancías de muy poco valor.

Abunda el comercio, todo se vende y se compra en la mejor tradición oriental. Llama la atención la gran cantidad de compradores de los países del Este cercano que aparecen cada mañana para llevarse a su país numerosas bolsas con ropa. Es un constante aparecer y desaparecer de montañas de bolsos que cargan en autocares. Da la impresión de que mucho de ese comercio debe integrar el contrabando de fronteras.

Del problema kurdo comentan muy poco. Sólo dicen que está lejos. En realidad creo que no está tan lejos, pues después de muchos años de guerra y negociaciones, éstas se han roto. Al parecer impera la línea dura en los militares del Estado turco y han optado por la represión y las matanzas con el beneplácito de la comunidad internacional. Continuamente hay muertos kurdos y esta población ha optado, aún tímidamente, por actuar donde a las autoridades turcas les duele: realizar pequeños y leves atentados en zonas turísticas principalmente Estambul, para asustar a los visitantes extranjeros y que no entren divisas por este motivo en el país. Es una pequeña copia de lo que ocurre en Egipto: países que dependen de las divisas del turismo y que ven cómo éste cambia de destino.

Aquí ves como la prensa occidental magnífica y selecciona las noticias de Turquía, en los periódicos españoles no aparecen nada más que pequeñas notas de atentados kurdos o partes de baja de la guerra interna turco-kurda. Estás allí y no te enteras. Hay en España más atentados y hechos sangrientos que en Turquía (excepto en el kurdistán al que prácticamente ya no se puede llegar por los controles del ejército,) y no por ello dejan de venir los 25/30 millones de turistas anuales.

Dependerá del ejército turco y de su violencia que la extensión del conflicto kurdo no llegue a toda Turquía. De seguir como en la actualidad es probable que en un par de años casi nadie se atreva a ir a Turquía, al menos el llamado turismo, por el miedo a que “pase algo”.

A diferencia de Egipto, que son los llamados fundamentalistas los que atacan la industria turística, en Turquía esto no ocurre. Creo que el poso histórico de convivencia y tolerancia entre diferentes religiones y contra diferentes naciones bajo el Imperio Otomano ha dejado huellas que actualmente se recogen de diferentes maneras. Por ejemplo, en casi ningún país musulmán dejan entrar a visitar las mezquitas: en Turquía te las enseñan por placer (poniendo el velo y los pañuelos necesarios a las mujeres y hombres si lo creen conveniente, es cierto,); en ocasiones y lugares dejan asistir a las oraciones... son pequeños hechos que indican que globalmente no están tan cerrados en si mismos en el tema religioso.

A pesar de que el Estado es laico, la primera ministra es una mujer, y la imagen de venta externa la de un país moderno europeo; el islam aparece en cualquier rincón de la sociedad turca. La impregna y la abarca toda. La primera vez que oyes la llamada a la oración desde las muchísimas mezquitas de Estambul, todas a la vez, se te pone la piel de gallina. Percibes que hay una espiritualidad fuerte, que está presente en cualquier ámbito de la vida y a cualquier hora. No es el cachondeo cristiano de cuatro beatos diarios y doce el domingo. Allí hay cinco llamadas diarias a la oración y multitud de personas en sus puestos de trabajo (comerciantes callejeros diversos, etc.) que llevan el “rosario” islámico en la mano.

Otro gran signo religioso es el de la mujer tapada absolutamente a la forma islámica. En Capadocia casi todas las mujeres iban así. Mi sorpresa fue que en Estambul también iban muchas, más de las que pensaba por ser una gran ciudad y por su situación geográfica. Me pareció muy fuerte ver a grupos de niñas (13/15 años) con las clásicas gabardinas y pañuelos tapando el cabello, “signo erótico occidental”. El tema de la vestimenta femenina llama mucho la atención, pero no menos que el ver únicamente a hombres en los bares, que pocas mujeres trabajan en sitios públicos y que siguen las pautas marcadas por el Corán respecto a la sumisión al hombre y a su papel en la familia y en la sociedad.

El movimiento islámico que trata de volver a las auténticas fuentes religiosas, a su integración social plena, no está inactivo en Turquía. Se están construyendo nuevas mezquitas, algunos intelectuales aprenden de nuevo los caracteres árabes y tratan de entroncar las enseñanzas coránicas con la realidad socioeconómica nacional turca; hay un movimiento cultural islámico que integra música, cine, televisión y prensa que pretende llegar a todo el país y abrirse un hueco frente a la maquinaria ideológica estatal.

Y todo esto no es nostalgia de un pasado floreciente sino señas de identidad que les salen por los poros,

acrecentada continuamente con las humillaciones que sienten cada vez que Occidente les castiga (la guerra contra Irak, la cuestión palestina, el racismo continuo y por último la “limpieza étnica” en Bosnia) por no hablar del castigo económico como países pobres del tercer mundo.

Montxo, octubre 93

Desde EUSKADI

¿Euskadi?: ¡Una solución quiero!

“Thes betea zilegi balitz/nunbait balego bakea... Ni ez nintzake inorentzako/ eskandaluzko kaltea/ lur hotz batetan aldatutako/ landare sustrai gabea...” Mikel Laboa. (“Si fuera lícito huir, si hubiera paz en algún lugar... No sería para nadie causa de escándalo, ni planta desarraigada sembrada en tierra fría...”).

¡Venga, vayámonos al grano! Solucionemos ahora el spitoso problema del PAIS VASCO.

El BUEN Euskadi es VERDE. El problema es que el vino no deja de ser rojo, como la sangre, y ahí se bebe mucho vino. Demasiado. Y el vino peleón es mu malo, mu kabrón. El alcol organiza ejércitos, brigadillas, pandillas, peñas, bandas, fanfarrias, komparsas... y demás colectivos militarizados. Militarizados por el vino.

Me explico: imaginemos una cuadrilla de 75 tíos-colegas-borrokas (luchadores), –como la mía, supongamos–; esa cuadrilla, digo, de borrachuzos, claro, tras la septuagésima quinta ronda de potes por el Kasko Biejo de Bilba (Bilbao) = 5.625 txikitos, necesita ella inmediatamente un jefe, un lehendakari, un menda que asuma la responsabilidad o irresponsabilidad de guiarla, por lo menos hasta el próximo bar.

Continuemos: ese mendakari puede conducir a la baska hacia un pequeño DESASTRE: tomar otra copa, por ejemplo un asqueroso “Picoletto”(); o puede darse también el caso peor de que el burkide (jefe) lleve un pedo muy gordo, y en vez de proponer: “¡Vamos a tomar un picoletto!”, se le ocurra ordenar: “¡Vamos a hacernos un picoletto!” Entonces la cagará el muchacho y provocará un gran DESASTRE, no sólo para el pobre maketo sino también para toda la baska spitada, spitada a MATAR.*

Es sabido, por otra parte, que la poli también priva lo suyo, muchas veces más de la cuenta. Disponemos de amplia documentación de casos en las que guardias cíviles, comisarios, jeos o exchachas, se ponen ultra-agresivos y se lian a hostias con personas, consecuencia probable de un lamentable estado de enceguecimiento provocado por una ingesta abusiva de coñac de garrafón. Y así pasa lo que pasa: TORTURAS, INFARTOS...

Urge, creo yo pues, una ALTERNATIVA para la salud mental de Euskalherria. Una alternativa VERDE, a ser posible. Y no me refiero para nada a un “Partido Verde” (¡Líbrenos Dios de todos los “partidos”!), sino más bien a una “partida de verde”, a una buena tonelada de YERBA buena que refuerce y active el verde ambiental, la esperanza nuestra de que los vascos vascos lleguen a entenderse. Porque, a diferencia del vino, la marihuana güena nos desorganiza, nos disuelve, y en definitiva nos personaliza (o sea que nos pone las pilas de una en uno). No es seguro, pero es posible que la maría cerebre e ilumine la inteligencia humana que el bebercio descerebra y oscurece.

Actuemos pues, ¡DEPRISA! En las guías telefónicas de Bizkaia, Gipuzkoa, Araba y Nafarroa, encontraremos las directivas necesarias y suficientes para enviar vegetal a cada hogar vascongado, casas cuartel incluidas. Y PLANTEMOS pues, ellos y nosotros pues, plantemos todos pues los CAÑAMONES de la PAZ.

Anticristo González, octubre 1993

Hemos recibido...

LE SCARABEE-TORPILLE. Franz Jung. Editions Ludd, Paris 1993.

LUDD (ediciones), con “Le Scarabée-Torpille”, la traducción francesa del texto autobiográfico de Franz Jung “Der Weg nach unten”, nos acerca un poco más a este testimonio importante de la gran época que es esta primera mitad de nuestro siglo. (¿Hasta cuándo esperaremos la traducción al castellano, como esperamos aún la de otros testimonios únicos de algunos de estos años: Ciliga y Istrati sobre la Rusia de los años 30, Talmann sobre España en 1937...?).

Franz Jung es un desconocido en España a pesar de ser un personaje ligado a los acontecimientos más sobresalientes de nuestro siglo: está en los principales grupos y revistas expresionistas y dadaístas; spartakista y uno de los fundadores del KAPD que Lenin tachará de infantilismo izquierdista; escritor, poeta, dramaturgo (Nautilus ediciones ha publicado más de diez volúmenes de su obra), hombre de acción, anarquista, revolucionario... en contra la corriente en una “época que ella misma iba contra corriente”.

Franz Jung nace en la Alta Silesia en 1888. Bohemia en Munich en los grupos anarquistas y expresionistas; con Franz Pfemifert y la revista Die Aktion en Berlín; con Otto Gross, el psicoanalista libertario muerto de hambre en la calle, también en Berlín.

En agosto de 1914 se alista a la guerra y deserta en diciembre: primera estancia en la prisión de Berlín Spandau. Participa en el movimiento spartakista y es detenido en 1919 y logra escaparse a Breslau. En enero de 1919 entraba en el KPD y era excluido en octubre. En 1920 es uno de los fundadores del KAPD. Viaja a Rusia donde ocupa funciones de prensa en el Komintern y en la dirección del Socorro Obrero Internacional.

En 1924 vuelve a Berlín donde funda la revista “Der Gegner” y escribe teatro. Hecho prisionero en 1936, parte algunos meses más tarde hacia Praga. Detenido en Budapest

por el partido fascista húngaro, se escapa; detenido de nuevo en Viena, vuelve a escapar hasta pasar nuevamente por diversos campos de concentración en el norte de Italia, hasta ser liberado en 1945.

En 1948 parte hacia EEUU: New York, San Francisco, New York, donde escribe en 1958 sus memorias, esta autobiografía. Vuelve a Europa: años de vagabundeo por Viena, París, Italia..., Stuttgart donde muere en el año 1963.

A lo largo de la lectura de estas páginas de autobiografía –consideraciones sobre una gran época– lo que va cobrando fuerza es, no ya el relato que ciertamente ayuda a comprender el periodo, sus momentos claves, sus puntos álgidos, sus personajes emblemáticos, sus movimientos decisivos..., sino más bien el personaje Franz Jung: escritor, político, hombre de acción, revolucionario..., a pesar suyo, sin apenas pretenderlo, como impelido a ello. Personaje atípico, maldito, impelido a hacer lo que hace sin ninguna justificación moral..., luchando por su subsistencia... camino del abismo.

Quizás dos capítulos –cortos– ayuden a completar esta introducción-apremio a una lectura apasionante. Uno, sobre el personaje (Le scarabée-torpille, que a la vez sirve de título a esta traducción francesa) y otro sobre la época (Le dernier défile). He aquí su versión en castellano.

El escarabajo-torpedo

El ESCARABAJO TORPEDO no ha sido estudiado de una manera suficientemente científica como para figurar, debidamente clasificado según su especie, en una obra de referencia.

Es casi tan largo como un cartucho de escopeta y con la misma forma. Unas placas, de dureza blindada, protegen sus flancos contra sus enemigos del suelo, y cubren las alas que, replegadas hacia dentro, se doblan hacia abajo cuando se despliegan, sirviendo a la vez para estabilizar el vuelo y de velamen. Su cabeza está recubierta de una corona de placas más pequeñas de forma puntiaguda que se dirigen hacia adelante cuando el escarabajo está pronto para volar; forman como un “cockpit” en el que entran las antenas que, más bien cortas, le sirven menos para tantear la dirección a seguir que para mantener el equilibrio y para pilotar. Durante el vuelo, las patas se levantan y repliegan sobre el abdomen, al abrigo entre el velamen. Finalmente, el dorso está recubierto de un pelo suave como un abrigo de pieles.

Lo que caracteriza a ese escarabajo, es la fuerza con la que se proyecta, igual que un torpedo, hacia su objetivo. Su impulso no es de origen físico: quizás se encuentre en el sistema nervioso de coordinación que esparce unas gotas de calor por las articulaciones. El insecto arranca el vuelo con una aparente pesadez y torpeza, incluso podría decirse que con repugnancia; después, entrando en acción la fuerza motriz, se anima, se lanza y ya no deja de acelerar al encuentro de su objetivo.

El vuelo se vuelve una actividad autónoma, vibrando bajo el efecto de su fuerza, de sus sensaciones de placer y resistencia, de miedo y de victoria sobre los límites y sobre

el espacio. Recuerdo que esto hace daño, aun dentro de la jubilosa incertidumbre sobre la que es y lo que será en la vida. El tiempo transcurre en una tensión cargada de terror, los ojos cerrados Entonces tiene lugar el choque contra el objeto, que resiste... y la caída.

La meta es suficientemente grande, y aun amenazadora en su aterradora claridad y su precisión excesiva. Y ocurre que se abre paso una fuerza de atracción superior a la que le impulsó al vuelo...

Tránsito muy corto y enmascarado, el acceso a la meta probablemente se desliza en la fracción de segundo en la que va a producirse el choque... y la caída. Caída que tendrá lugar pues ésta es la particularidad biológica del escarabajo-torpedo: volar hasta su meta y caer.

Ya en el suelo, no tiene fuerza alguna. La caída no se da impunemente: la delicada espalda se ha herido y las placas, tocadas, más tarde van a romperse. Pero el escarabajo vuelve a levantarse, mueve lo que aún puede mover, retrocede arrastrándose, se desliza... Quien lo observa está convencido de que el animal no lo logrará, sin embargo lo logra y vuelve a su punto de partida.

Pero es preciso aguardar. Las heridas deben cicatrizar, los daños deben ser reparados... La vida vuelve a vibrar al ritmo predeterminado, el cuerpo, lleno de pulsaciones, encuentra de nuevo, poco a poco, toda su tensión. La espalda y su tierno plumón, el dorso sin protección... La mano sentiría la tibieza y, si de esta caricia pudieran nacer palabras, serían unas palabras de confianza y de esperanza.

Conozco este vuelo, innumerable veces lo he hecho en mi mismo, de día y de noche. Y el final siempre el mismo: el choque, la caída, la reptación en el suelo y la vuelta al punto de partida. Con gran pena y al precio de qué esfuerzos...

El muro, al que se dirige el escarabajo, es sólido. Tras él hay generaciones y generaciones. La pequeña grieta bien marcada que de tanto en tanto aún se ilumina, antes y después, quizás no sea más que un espejismo sin existencia real. Para hendirla harán falta generaciones, que al precio de muchos sacrificios, la cincelarán en el muro que en seguida forzarán.

No se trata de una cuestión de oportunidad, de mejor preparación ni de experiencia, como si se tratara de un aprendizaje... Es la meta, y la meta será siempre la misma: no hay nada que corregir, no hay nada que aprender.

A menudo yo he tomado al escarabajo en mi mano. Daba vueltas, en estrechos círculos, incapaz todavía de fijarse una meta. No sólo estaba fuertemente tocado, tenía también pánico a empezar de nuevo y que todo fuera corno antes. Y sentía yo el calor de su cuerpo sosegado, la suavidad de este abrigo de pieles y una especie de confianza entre yo y algo que no pertenece ya al entorno de los hombres.

Los fracasos se soportan con más facilidad. Existe la esperanza de que un día el escarabajo no pueda ya levantarse y retroceder arrastrándose. Sin embargo, el sol continuará saliendo.

El último desfile

Se acabó.

El primero de mayo de 1933, que una ley especial del gobierno había declarado “Día nacional del trabajo”, es el principal recuerdo que me queda de los primeros meses de la nueva época en la que había sido arrastrado yo mismo más por descuido que por otra cosa. Resumiendo los preparativos de la fiesta, un portavoz oficial había declarado que, en toda Alemania, los miembros de las empresas desfilarán este día en unidad. Diez millones de jóvenes participarían en treinta mil manifestaciones en ciudades y pueblos. Serían organizadas cuarenta mil retretas militares, con diez millones de antorchas, cuatrocientos mil altavoces, cinco mil tribunas para los espectadores y para los oradores. Cincuenta mil ciudades y pueblos se decorarían con verdes ramas y serían empavesadas y habría un millón de banderolas. Ochocientas mil banderas para empavesar las calles, seis millones de carteles y treinta millones de insignias.

Este día fue particularmente malo en Berlín: nevaba, un tiempo típico de abril. A lo largo del día las ráfagas de nieve se transformaron en lluvia y pronto las calles se cubrieron de barro...

Por primera vez en la historia, decían los periódicos, una multitud de un millón y medio de personas se reunirá en un mismo lugar, en Tempelhofer Feld. El ministro de Propaganda publicaba, para esta ocasión, el siguiente boletín:

“En filas de a seis, puede darse salida a dieciocho mil personas a la hora de un determinado lugar de encuentro; desde otros sitios, situados más favorablemente, se pueden hacer filas de hasta ocho y diez personas. Una media de veinte mil personas a la hora saldrá de cada punto de reunión en dirección a Tempelhof. Un millón irá a pie y quinientos mil en transporte público. Están previstos trece puntos de salida para los cortejos que, formando diez columnas, seguirán diez itinerarios distintos. La cabeza de los primeros cortejos alcanzará Tempelhof a las dos, y la manifestación empezará a las ocho de la tarde.

Y desfilaron a toque de flauta y tambor, con más de setecientas charangas... ¡Sieg Heil! La Unión General de Sindicatos de Alemania había dado a los sindicatos libres ligados a ella la consigna de participar en bloque en el desfile, con la mayoría de gente posible. Probablemente su objetivo táctico era mostrar a los nuevos dirigentes la buena voluntad y el deseo de colaboración de los sindicatos así como expresar la esperanza de que el gobierno no los iba a suprimir. Por otra parte, el camarada Leipart, presidente de la Unión (ADGB), se había puesto él mismo a disposición de Hitler.

Este día pues, los obreros social-demócratas y comunistas, la élite sindical de la clase obrera, llegaron en cortejo hasta Tempelhof, diseminados bajo los estandartes SA y SS del Gran Berlín, la Juventud Hitleriana, los jefes de las secciones locales, la Liga de los jóvenes alemanas, las formaciones de asalto de la caballería, las secciones motorizadas y aeronáuticas nazis y la Asociación de mujeres... Así desfilaron los trabajadores de la industria metalúrgica, en cerca de veinte columnas, los trabajadores del transporte, los

conductores de autobús y los taxistas, los trabajadores de la imprenta y de la papelería, del textil y de la industria química, así como las grandes empresas en columnas compactas bajo la organización de las organizaciones nacional-socialistas de empresa –Siemens, Borsig, Knorr, AEG y algunas docenas más–, los empleados de las empresas de la ciudad, de la banca, de seguros y de los grandes almacenes...

En las calles, el barro salpicaba a derecha e izquierda... ¡adelante, marchen! Con flautas y tambores, flautillos y trompetas... Y desfilaron, el miedo en el cuerpo y los huecos de corbata... ¡Sieg Heil!

En Tempelhof, se había previsto el sitio para cada columna, se habían puesto barreras y farolas, se habían construido nueve torres de catorce metros de altura para los proyectores. Había diecinueve altavoces gigantes, líneas de teléfono, catorce puestos de mando, cien oficinas de información, más de cien tiendas sanitarias con sus médicos, y retretes.

Por lo que respecta a éstos, los organizadores calcularon mal o simplemente lo olvidaron. Además, las columnas de los sindicatos estaban tan acuñadas entre las SA y las SS que era imposible salirse de ellas; y el servicio de orden lo hubiera impedido. Entre los que desfilaban, una gran parte, la noche anterior, en su bar habitual, con cerveza y licor, se habían despedido del sindicato, del partido y del socialismo, y ahora acusaban sus efectos. Tiritando de frío, los participantes no pudieron aguantarse por más tiempo: les bajaba por los pantalones hasta las botas, al son de flautas y tambores... ¡Sieg Heil! ¡Heil Hitler!

“El dos de mayo, a las ocho de la mañana”, narra la obra *Bornes milliaires du III Reich*: “batallones de asalto de las SA y de las SS se encuentran en sus lugares berlineses. Después salen en camión en dirección a las sedes de los distintos sindicatos. A las diez en punto, los camiones llegan a su destino. Dos minutos más tarde, todas las salidas de los sindicatos son ocupadas, en las puertas de los ascensores, en las salidas de escalera y en las puertas de comunicación, se colocan centinelas.”

El dos de mayo, por la tarde, los sindicatos libres han dejado de existir.

Y he aquí que se vuelve a cerrar el bucle de estos recuerdos: era aún un niño, cuando la procesión de la Fiesta-Dios, en Neisse, me producía una impresión viva y duradera. Había visto avanzar con las banderas de sus corporaciones y los estandartes de sus santos patronos a los panaderos y los salchicheros, los silleros, los carreteros y los carpinteros, los toneleros y los pescadores, las sociedades de tiro y las congregaciones, después los niños y la gente, en masa al final del cortejo, a los fuertes acordes del himno augustiniano: “¡Tantum ergo... laus et jubilatio!”...

L'ENNEMI, C'EST L'HOMME (francés). Bertrand Louart, agosto 1993. 24 pág.

Interpelación crítica a la ciencia y la técnica que toma como punto de partida el “Llamamiento de Heidelberg” en el que una serie de hombres de ciencia se

autoexculpan de las consecuencias desastrosas de las aplicaciones científicas que atribuyen a la irracionalidad de los hombres y al “mal uso” que se hace de los descubrimientos científicos. B. Louart comienza por poner de manifiesto la endeblez argumental de los “hombres de ciencia” para proceder a un cuestionamiento de la Técnica y la Ciencia, entendidas como mediaciones que, al igual que la Política, pretenden la eliminación del conflicto mediante la puesta en práctica de un conjunto de mecanismos de seguridad que repriman cualquier emergencia de la conflictividad. Algo que conduce, finalmente, a la paralización mínima de la vida puesto que, como reconoce B. Louart, “la ausencia de conflicto no es peligrosa: es fatal: la desaparición de todos los conflictos en la naturaleza o en la sociedad implica una separación total entre los elementos que, gracias a las relaciones conflictivas, constituyen la unidad orgánica de la vida”. El autor abre con este texto una perspectiva de crítica del pensamiento científico y de la técnica mediante una reorientación de la dialéctica a la que la aserción hegeliana según la cual “todo lo que existe merece morir”, es sustituida por la de que “cada cosa contiene en si misma el germen de su disolución y de su reconstrucción revolucionaria”.

Los interesados en contactar con Bertrand Louart pueden hacerlo en: 6, place Jean de la Taille, 45300. PITHIVIERS (Francia).

SCIENCE AS CULTURE. (Inglés) Vol. 3, part. 3, nº 16. Entrevista con trabajadores de Nissan en Gran Bretaña. Las representaciones sociales de la muerte y sus causas. Metáfora darwinista y filosófica de la ciencia. Agricultura biotecnológica y su eficiencia. Constructivismo social. Crítica de la inteligencia artificial a partir de su contextualización socio-histórica, Crítica manera de proceder a elaborar una crítica sistemática en cuanto expresión política de ha sociedad capitalista

El nº 17, vol. 3, part. 4, es un monográfico dedicado a las nuevas tecnologías reproductivas en el que varias autoras analizan, desde distintos puntos de vista, los efectos que estas aplicaciones tienen en nuestra cultura y especialmente en sus principales afectadas, las mujeres.

RUSSIAN LABOUR REVIEW (Inglés) P.O. Box 16, 129642 MOSCOW, CIS/RUSSIA. Primera entrega del boletín del Centro KAS-KOR, correspondiente a 1993. El objetivo del boletín es reflejar las organizaciones obreras aparecidas después de la huelga minera de 1989. El Centro KAS-KOR intenta hacerse eco de las convulsiones políticas y sociales subsiguientes a la descomposición de la sociedad soviética bajo los imperativos de la “economía de mercado”. El espectro de organizaciones políticas y sindicales en Rusia es sumamente diverso. Por otro lado, el vacío legal y la ebullición social genera múltiples acciones, comités, etc. Como reconocen los propios editores, “las peculiaridades del movimiento obrero en Rusia

comporta la necesidad de proceder a un análisis exhaustivo del mismo”. De ahí que se recojan tanto las opiniones de sociólogos, como de líderes de las diferentes organizaciones sindicales que, incluso con intereses contradictorios (corporativos, de clase), emergen en las nuevas repúblicas rusas. El cuerpo central de la información de Russian Labour Review se basa en las huelgas, acciones sindicales y movilizaciones acaecidas en las distintas regiones de Rusia, así como en la posición de los sindicatos acerca del proceso de privatización de las empresas.

THÉORIE COMMUNISTE, Junio 1993. Revista trimestral. 184 páginas. 50 Fr. Dirección: B.P. 2318. 13213 MARSEILLE CEDEX 02

“ORIENTE MEDIO: CRISIS, GUERRAS, LUCHAS DE CLASES”.

Monográfico dedicado a analizar las convulsiones que experimenta Oriente Medio en nuestros días. Partiendo de la imposibilidad de un desarrollo endógeno del modo de producción capitalista en Oriente Próximo, –“Los países árabes encuentran, bajo la dominación inglesa, su integración geográfica en el mundo capitalista, pero al mismo tiempo se les marginaliza en el interior del sistema”– analiza el paso, en lo que se refiere a la obtención de recursos, del sistema tributario a la renta obtenida por el petróleo, el fracaso de la burguesía nacionalista árabe y la reestructuración del capital que se halla al origen y resulta de la Guerra del Golfo. Incluye extensa cronología de la historia de los países árabes.

RESISTE, junio 1993. La revista dedica todo el número a un extenso y documentado análisis de la industria militar en Euskadi, con un informe sobre las adjudicaciones del Ministerio de Defensa a empresas vascas durante el trienio 1990-1992 y otro sobre la posibilidad de conversión de la industria militar en producción civil de verdadera utilidad social. El Editorial de la revista promete y sugiere bastante más de lo que luego encontramos.